

MISTERIO BUFO
Juglaría popular

DARÍO FO
con la colaboración de
Franca Rame

Traducción y prólogo de
Carla Matteini

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Mistero buffo*

En cubierta: Fotografías extraídas del libro

Dario Fo de R. Nepoti y M. Cappa, Gremese Editore.

Todos los derechos reservados

Diseño gráfico: (i. Gauger & J. Siruela

© *Giulio* Einaudi editore s.p.a., Turín 1977 y 1997

© De la traducción y del prólogo, Carla Matteini

© Ediciones Siruela, S. A., 1998

Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»

28028 Madrid, Tels.: 355 57 20 / 355 22 02

Telefax: 355 22 01

Printed and made in Spain

ÍNDICE

Anatomía del juglar Carla Matteini	4
---------------------------------------	---

MISTERIO BUFO

<i>ROSA FRESCA AULENTISSIMA</i>	11
LOA DE LOS AZOTADOS	30
LA MATANZA DE LOS INOCENTES	35
MORALIDAD DEL CIEGO Y DEL TULLIDO	42
LAS BODAS DE CANÁ	51
NACIMIENTO DEL JUGLAR	59
EL NACIMIENTO DEL VILLANO	66
LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO	75
BONIFACIO VIII	86

TEXTOS DE LA PASIÓN

EL LOCO Y LA MUERTE	92
MARÍA CONOCE LA CONDENA IMPUESTA A SU HIJO	99
JUEGO DEL LOCO BAJO LA CRUZ	104
PASIÓN. MARÍA EN LA CRUZ	112

Anatomía del juglar

Escrito en su primera versión en 1969, continuamente representado y modificado en función de la respuesta del público, *Misterio bufo* está considerado de forma unánime como el buque insignia de la flota textual de Dario Fo. Flota pacífica y alegre, compuesta por más de sesenta barcos de navegación ligera, pero que ante la amenaza de cualquier galerna se convierte rápidamente en una formación de guerra, cañones dispuestos y puntería excepcional.

Misterio bufo es, junto con *Muerte accidental de un anarquista*, el texto de Fo más representado prácticamente en todos los países y lenguas y del mundo, y es, a la vez, el más odiado y combatido desde las altas instancias vaticanas. Si de alguna manera el Nobel le ha sido concedido a Fo en 1997 por su investigación en el campo de la juglaría, de la sacra representación medieval, es decir, por cuanto *Misterio bufo* recoge y compendia más de veinte años de trabajo, no es menos cierto que la continua crítica al poder temporal de la iglesia, arma ya utilizada y pulida por los juglares medievales, pero que Fo contextualiza en las presentaciones de cada pieza, no ha podido herir con más puntería los flancos más débiles del Vaticano. Aunque él lo explica muy bien en su introducción, conviene insistir en la dualidad que vertebra el esqueleto de la obra: la oposición, históricamente antagónica y problemática, entre la iglesia humilde, evangélica, juzgada a través de los siglos como herética, desde los cátaros y patarinos hasta la actual Teología de la Liberación, y todo el complejo entramado político, económico y administrativo que configura el poder temporal de la iglesia católica, encarnado en la de Roma. En este sentido debe considerarse *Misterio bufo* como un texto político, de los más claros y afilados, y también punto de inflexión entre las déca-

das de los 50 y 60, años de comedias brillantes y apariciones televisivas, y el camino de teatro de denuncia que Fo emprende en los turbios años 70 italianos.

Quería sentar esta premisa para dejar claro que no es este, en absoluto, un texto «blanco», situable al margen de la línea dramática de las otras obras de Fo, ya desde sus primeras escrituras, y sobre todo en el proceso seguido después, a lo largo de más de veinte años de continuas representaciones. Es el texto que Fo ha paseado personalmente por todo el mundo, que tiene siempre en repertorio, que más vídeos ha vendido y que ha dado a conocer su imagen y su pericia escénica. Mucho más que el Loco de *Muerte accidental de un anarquista*, mucho más que el Colón de *Isabela, tres carabelas y un charlatán*, mucho más que el obrero legalista de *Aquí no paga nadie*, la figura de Fo que todos conocen y recuerdan es su juglar contemporáneo del *Misterio bufo*, jersey de cuello alto y pantalón negros, micrófono, luces y nada más. Nada más ni nada menos que su talento, su voz y su gestualidad portentosa, para evocar y revivir en escena a borrachos y obispos, juglares y papas, a todo el coro del cementerio en *La resurrección de Lázaro*.

El Medievo en el siglo del átomo

Es curioso que, en la segunda mitad de un siglo proyectado hacia un nuevo milenio que atemoriza tanto como fascina, nueva era de quién sabe cuántos portentosos descubrimientos y adelantos, cuando todo parece proyectarse hacia un futuro del definitivo triunfo de la tecnología, Fo no realice una huida hacia adelante, sino una aparente regresión hacia el pasado, hacia la Comedia del Arte, más atrás hacia la Edad Media, y más aún hasta los textos bíblicos. Él lo comenta así en una entrevista: «Cuando cuento de qué manera el juglar medieval enseñaba a interpretar la Biblia y el Evangelio, repito la operación del antiguo juglar, que encontraba en ciertos textos de la Biblia y el Evangelio las claves para sus parábolas de los comportamientos eternos del poder y de quien está sometido al poder. (...) Cuando repito ese modo en que el juglar hacía leer

los textos sagrados, estoy indicando al pueblo de hoy cuál era su manera de descubrir en la cultura de entonces, en estos textos precisamente, la suerte que le iba a tocar. Cuál era su manera de expresarse por boca de los juglares, y le invito a que vuelva a apropiarse de *su* cultura para saber enfrentarse hoy, de nuevo, a la cultura erudita y académica».

Esta es otra clave para comprender las intenciones de Fo al construir su propio *Misterio bufo*, una actitud por otro lado reivindicada en los últimos años por la nueva historiografía. Fo quiere contar la verdadera historia, la del pueblo, la que ha sido siempre marginada por la cultura oficial, manipuladora e hipócrita. Indignado por la tergiversación que los popes culturales han hecho de este como de otros temas, reivindica el verdadero conocimiento de un elemento esencial de la cultura italiana, como es su tradición oral y escrita de teatro popular. De hecho dice: «Más que un largo paso hacia atrás, he dado un salto mortal al revés, en el sentido de que he evitado rastrear los orígenes con actitud de arqueólogo. He buscado también lo medieval que asoma en Moliere y en la Comedia del Arte, en todo el rico desarrollo que estos comediantes hicieron de la lección medieval de entretener al público». En las introducciones a las diversas escenas de la obra, Fo deja muy clara la diferencia entre la cultura aristocrática, elitista y ajena a la realidad, y la extraordinaria fuerza comunicativa de esa cultura popular que en toda su vida de autor, actor, director, de artista comprometido en fin, no se ha cansado de invocar, reivindicar y reinventar para hablar de temas de nuestro tiempo.

Sin duda lo que acerca *Misterio bufo* a la sensibilidad del público actual son las presentaciones o prólogos que Fo improvisa antes de cada historia. Este recurso escénico no estaba en los orígenes de la escritura de la obra, que nació de una prolongada y exhaustiva búsqueda de textos sacros medievales. Al principio, componían el espectáculo los textos sueltos de las escenas, sin introducción previa, y cuando Fo descubrió en sus giras por el extranjero que así, solos, no funcionaban, empezó a introducir unas explicaciones, traducidas de manera simultánea, para una mayor comprensión de la historia que iba a

contar. Este recurso lo siguió utilizando en países con otra lengua, pero también en Italia comprobó que anteponiendo a sus *sketches* cómicos estos monólogos más largos que las propias piezas «teatrales», creaba no sólo un efecto de distanciamiento fundamental para un brechtiano confeso como él, sino que multiplicaban la carga satírica del espectáculo.

Después de todo, los juglares medievales utilizaban ya la técnica de la introducción no sólo para explicar lo que seguiría, sino para introducir comentarios sobre la analogía que determinadas situaciones bíblicas o evangélicas podían tener con las que se vivían en su época. De este modo, el espectáculo se fue enriqueciendo con gags, con comentarios a la actualidad del día, con auténticos diálogos de fagocitación y proyección de cualquier incidente, risa o silencio que se produjera con los espectadores a lo largo de las dos horas de espectáculo. Por supuesto, Fo dio rienda suelta por fin a su capacidad de improvisación, de pasión por el monólogo en solitario que, lejos de resultar lucimiento histriónico, llena de espontaneidad, de matices y de vigilante agudeza cada función, siempre diferente a todas las demás.

Las fuentes, el lenguaje

El título ya constituye un homenaje, concretamente a Maikovsky, que en una obra homónima había querido representar la lucha de clases según la tradición «bufa» popular. Pero la intención de Fo, aún con cierto fondo didáctico, inevitable por la época en que lo resume y escribe y por los temas que trata, va más allá de un documento analógico de *agit-prop*. Es fundamental para Fo bucear en la propia historia, más atrás de las narraciones que de niño le contaban los fabuladores del lago junto al que se crió, más atrás de la rica tradición de la Comedia del Arte, que más adelante también investigó a fondo, hasta reunir tales estudios en su *Manual mínimo del actor*. Su salto hacia el Medioevo, que le hace retroceder a los textos sagrados revisitados desde la perspectiva que inventaron los juglares, permite a un ateo marxista afrontar el enorme bagaje de los

textos sacros con delicado respeto y sincera emoción. Pero eso sí, con fuerte intención desacralizadora de la utilización que la iglesia ha hecho de ese rico material poético, bien silenciado, bien manipulado y falseado. Y para hacerlo, el Fo de *Misterio bufo* entra y sale de la máquina del tiempo, de Bonifacio VIII a Woytila, de apóstoles y juglares a obreros de las fábricas italianas, en rápidas y eficaces piruetas anacrónicas. El historiador francés Jean Chesneaux le ha definido por ello como «un historiógrafo salvaje, que en lugar de acumular informaciones especializadas, quiere pensar políticamente el pasado e históricamente el presente».

El tema del lenguaje es central en la obra, y por desgracia no del todo trasladable a otro idioma. Fo ha retomado para las piezas juglarescas el *grammelot*, lenguaje onomatopéyico, basado en las cadencias y los tiempos del lenguaje oficial, que los juglares empleaban para no ser censurados. El texto original italiano es bilingüe, ya que al lado de cada *grammelot* -a la manera francesa, catalana, piamontesa, etc.- se reproduce la traducción al italiano que el propio Fo ha realizado. Por razones obvias se ha prescindido aquí del *grammelot* original, traduciendo al castellano ese italiano de giros y construcciones no del todo modernas que he tratado de reflejar. También he conservado determinadas voces medievales italianas, traduciendo su significado, pues son esenciales en las explicaciones que Fo da antes de cada escena.

Algunos eruditos más papistas que el papa han reprochado a Fo su falta de rigor al inventar parte de los materiales, y pretender hacerlos pasar por auténticos. Pero Fo va más allá del afán filológico e historicista, mucho más interesado en mostrar cuáles eran las fuentes de inspiración de los juglares, y contempla con feliz libertad los textos encontrados con aportaciones propias.

El resultado explica el éxito generalizado de *Misterio bufo* a lo largo de más de veinte años, como obra que no padece el paso tan rápido de este tiempo, siempre oportuna, flexible y abierta a nuevas circunstancias que tratar, crítica e implacable cuando sea necesario, pero también profundamente poética, llena de solidaridad y amor hacia el ser humano, mirada lúci-

da pero conmovida de un hombre de nuestro tiempo hacia otras épocas, en que las injusticias y las desigualdades eran las mismas que Fo sigue denunciando hoy.

Carla Matteini

MISTERIO BUFO

Actor «Misterio» es el término que se empleaba ya en los siglos II y III después de Cristo para indicar un espectáculo, una representación sacra.

Aún hoy, durante la misa, oímos al sacerdote declamar: «En el primer misterio glorioso... en el segundo misterio...», y así sucesivamente. Misterio significa pues: representación sacra; y misterio bufo significa: espectáculo grotesco.

Fue el pueblo quien inventó el misterio bufo.

Desde los primeros siglos después de Cristo el pueblo se divertía -y no sólo era diversión- moviendo, jugando, como se decía, espectáculos de forma irónico-grotesca, precisamente porque, para el pueblo, el teatro, y el teatro grotesco en particular, ha sido siempre el medio principal de expresión, de comunicación, pero también de provocación y agitación de ideas. El teatro era el diario hablado y dramatizado del pueblo.

ROSA FRESCA AULENTISSIMA

En lo que se refiere a nuestra historia, o mejor a la historia de nuestro pueblo, uno de los textos esenciales del teatro cómico-grotesco, satírico, es *Rosa fresca aulentissima* de Ciullo (o Cielo) d'Alcamo.

Bien, ¿por qué queremos hablar de este texto? Porque es el texto más manipulado que se conoce en la historia de la literatura italiana, ya que siempre nos ha sido presentado de manera manipuladora.

En el colegio, cuando nos plantean esta obra, cometen la mayor estafa que se haya hecho jamás en toda la historia de la enseñanza.

Ante todo, nos hacen creer que es un texto escrito por un autor aristocrático, quien, aun empleando el lenguaje vulgar, quiso demostrar que estaba tan dotado como para transformar «el barro en oro». Logró pues escribir una obra de arte: mediante la gracia que sólo un poeta aristocrático como él podía poseer. ¡Tanta como para elevar un tema tan trivial, tan tosco como un diálogo «de amor carnal», a niveles extraordinarios de poesía «culta», propia de la «clase superior»!

Además, dentro de este esfuerzo por hacernos ver esta obra como momento inspirado de un autor aristocrático, han ido metiendo casi todo, digamos todos los trucos y saltos mortales de los sagrados autores burgueses de textos escolásticos, desde De Sanctis a D'Ovidio. Diré que el primer estafador fue Dante Alighieri. En efecto, de forma más o menos explícita, en su *De Vulgari Eloquentia* dice con cierto engreimiento que «...de acuerdo, hay alguna que otra aspereza en este "contraste", alguna que otra tosquedad, pero ciertamente el autor es un erudito, una persona culta».

Por no hablar de lo que dijeron los estudiosos de los siglos XVIII y XIX sobre el origen «culto» de este texto; el colmo fue naturalmente bajo el fascismo, pero poco antes tampoco era una broma. Benedetto Croce, el filósofo liberal, dice que se trata sin duda de un autor aristocrático, porque la poesía del pueblo es un acto mecánico, es decir, «un acto de repetición pedestre». El pueblo, ya se sabe, es incapaz de crear, de elevarse por encima de la banalidad, la brutalidad, la vulgaridad, y entonces lo más que consigue es copiar de manera «mecánica»; de ahí el sentido de «mecánico». Sólo el autor aristocrático, culto y evolucionado tiene la posibilidad de desarrollar artísticamente cualquier tema. El pueblo, zafio y obtuso, consigue como mucho imitar. Y se acabó.

Tan bonito planteamiento se lo cargaron dos sinvergüenzas, en el sentido cariñoso de la palabra, sinvergüenzas para la cultura burguesa y aristocrática: un tal Toschi y un tal De Bartholomaeis, dos católicos, para ser exactos. Ambos hicieron una auténtica trastada, demostrando que el «contraste» en cuestión es un texto extraordinario, pero obra indiscutible del pueblo.

¿Cómo? Basta con examinarlo. Empecemos por descifrar

bien lo que dice esta juglaría (ya que quien habla es un juglar). Dice: «rosa fresca y perfumada que apareces hacia el verano». Quien declama este verso es un recaudador, más precisamente un tipo cuyo trabajo consiste en recabar gabelas en los mercados. Hoy en Sicilia se llaman «bávaros», porque según parece la última concesión se la dio un rey borbón a los bávaros. Pero antiguamente estos personajes, que hoy se llaman, por ejemplo, guardias municipales, tenían un nombre bastante imaginativo: exactamente grullas. ¿Por qué? Porque llevaban un libro, un registro, sujeto del muslo con una correa, y cuando tenían que retirar el dinero, para apuntar el ingreso y el nombre y apellido del que pagaba el tributo que le debía al señor por las tierras arrendadas, se colocaban en una postura bastante cómoda para escribir, o sea apoyaban el pie derecho en la rodilla izquierda, quedándose de pie sobre una sola pierna, exactamente como las grullas o las garzas. Ahora este «grulla» le está declarando su amor a una joven. Y como el muchacho, ocultando el libro que lleva en el muslo con la vuelta de la capa o con la falda, se hace pasar por noble y rico, así también la muchacha, que está asomada a una ventana, se hace pasar por la hija del señor, del propietario de la casa. En realidad es una sirvienta, tal vez una fregona. ¿Qué es lo que la delata? Una ironía precisamente del muchacho, que en un determinado momento dice: «desde que te vi vestida de sayo, hermosa, desde ese día, herido, rabio». El sayo era propio de frailes y también de monjas, pero aquí, en realidad, el término es burlesco: se refiere a una especie de mandilón sin mangas, que al estar almidonado, evitaba que las lavanderas se mojaran cuando acudían al pilón.

Ahora bien, ya sabemos en qué postura se colocan las lavanderas... Bueno, lo saben los que las han visto, a las lavanderas. Hoy tenemos lavadoras, y ya no se ve una de las cosas más hermosas de la naturaleza. Me refiero a esas redondeces que se bambolean al moverse, y que las lavanderas ofrecían a los pasantes.

Por eso el juglar, malicioso, dice: «cuando te vi en postura de lavar... cuando llevabas el sayo, de ti me enamoré».

Se enamoró, como dice Brecht, «de lo que el supremo creó con majestuosa gracia», creo, el séptimo día, el de descanso:

porque necesitaba toda la concentración posible para fabricar semejante perfección dinámica: el eje de toda la creación. Así que: «de tu eje me enamoré».

Ahora conocemos el origen social de los dos personajes: la muchacha que se jacta de su posición social y el muchacho que hace otro tanto.

El joven declama: «*rosa fresca aulentissima ch'apari...*». Es un lenguaje áulico, refinado, propio de quien quiere hacerse pasar por noble. El hace una caricatura, pero no es esa su intención, luego veremos la verdadera razón.

«*Rosa fresca aulentissima ch'apari inver' la state, / le donne ti disiano, pulzell'e maníate.*» Italiano medieval, que traducido dice: eres tan hermosa que hasta las mujeres, doncellas o desposadas, querrían hacer el amor contigo. Por no hablar de las viudas... bueno, esas, ya se sabe, es normal.

¡Sería una locura! Os imagináis, en el colegio, al pobre profesor que tuviera que explicar las cosas tal y como se dicen... «Es normal, chicos, en la Edad Media las mujeres se emparejaban a menudo.» Unas pedorretas como para sacarle los colores... risas no disimuladas... le echan, expulsado de todos los colegios del reino (porque podemos decir que seguimos en un reino), ¡y basta, está acabado!

He aquí por qué el pobre profesor, que además tiene familia, no tiene más remedio que mentir. Notad que esta preocupación por corregir la verdad nace ya desde el momento en que se descifra el apodo del autor. De hecho, siempre lo citan en los textos escolares no como Ciullo d'Alcamo, sino como Cielo d'Alcamo.

Atención, los del norte, de la Lombardía, saben qué significa el término «*ciullo*»: sin querer ser procaz, «*ciullo*» es el sexo masculino. Y también en Sicilia me ocurrió, en Alcamo, cuando pregunté el significado de «*ciullo*»... ja ja ja... ¡todos muertos de risa! De todos modos, volviendo al colegio, os dais cuenta de que hay que modificar, medicar, eliminar de inmediato el término, y naturalmente el profesor dice: «Hay un error».

En efecto, conocidos investigadores han hecho trampas para indicar otra lectura. No podían aceptar semejante apodo, pues se trataría sin duda de un juglar, ya que todos los juglares

tenían apodos bastante sabrosos. En cuanto al Ruzante, por ejemplo, que a nuestro parecer puede definirse como «el último juglar», su apodo viene de «*ruzzare*», revolcarse. Alguien que sea de Padua, o de la zona, sabe que «*ruzzare*» significa «ir con animales»: no de paseo, sino acoplarse con animales, en las fiestas o en los periodos apropiados, preferidos por los mismos, por supuesto.

Entonces, no se puede decir «*aullo*». No se puede, en una escuela como la nuestra, donde la hipocresía y la morbosidad empiezan ya en párvulos. Yo he estado en párvulos, de pequeño, claro, y recuerdo que cuando una niña veía a un niño haciendo pis, decía: «¡Uy, mira!... señorita... ¿qué le pasa a ese niño?». «Una enfermedad muy fea», contestaba la maestra, «no mires... ¡vamos, vamos, persígnate!». Es nuestro colegio. Y tenemos que comprender el drama de los enseñantes.

Volviendo a «*rosa fresca aulentissima ch'apari inver' la state, / le donne ti disiano, pulzell' e maritate*». ¿Cómo lo resolvemos? Sabed que sigue siendo una frase hecha, en Sicilia, donde para hacerle un cumplido a una chica, se dice: «*Bedda tu si, fighiuzza, che anco altri fighiuzze a tía vurria 'mbrazzari*», hasta las otras muchachas querrían abrazarte, de lo hermosa que eres. Lo dicen sin malicia alguna, pero en nuestra escuela no se puede. Y entonces, ¿qué se inventan? Un rápido viraje de sesenta grados, para arreglar la cuestión. El profesor enseña (y fijaos que son acotaciones que encontráis en todos los textos): «no hay que tomar la forma así, tal cual, hay que tratar de especificarla. Es decir: eres tan hermosa que hasta las otras mujeres, doncellas y casadas, querrían parecerse a ti. No *te querrían a ti*, sino que *querrían aparecer como tú eres*, hermosa, elevada entre todas las otras mujeres». Así, en seguida, el chico o la chica aprenden la hipocresía, y en su casa dicen: «Mamá, quiero una manzana... no, no *quiero* en el sentido de querer comérmela, sino que quiero aparecer como una manzana, redonda y roja, que den ganas de comértela».

Si seguimos, descubriremos otro juego bastante brutal de este modelo. Continúa el texto: «*trágemi d'este focora, se Veste a bollontate... déjame salir de este fuego, si tienes voluntad, muchacha*», ruega el joven. Y sabemos perfectamente cómo las chicas consiguen que los chicos salgan del fuego y del deseo, cuando

quieran hacerlo: pero aquí, no se dice nada... son cosas que no interesan, y se pasa de largo. En seguida viene la respuesta de la muchacha, que se lo toma un poco al pie de la letra y revela escasa finura de ánimo, al expresarse más o menos así: «Puedes irte a arar el mar y a sembrar el viento, conmigo a hacer el amor no llegarás jamás. Todo el dinero, todos los tesoros de esta tierra puedes recoger, pero ya no tendrás nada que hacer conmigo. Es más, te diré que si insistes, yo, antes que aceptar hacer el amor contigo, *li cavelli m'aritonno*, me hago rapar el pelo, me meto a monja, y así no te veré más... ¡ah, qué bien estaré!». Y el muchacho contesta: «¿ah sí, conqué te vas a rapar el pelo? Entonces yo también me afeito la cabeza... me meto a fraile... voy a tu convento, te confieso... y en el momento oportuno, *jñaca!*». El ñaca lo añado yo, pero está implícito.

La muchacha palidece y grita: «Eres el anticristo, un ser vergonzoso... ¿cómo te atreves?... Antes que aceptar tu violencia me tiro al mar y me ahogo».

«¿Te ahogas? Yo también... no, no me ahogo: me tiro al mar yo también, te voy a buscar allí, en el fondo, te arrastro hasta la orilla, te acuesto en la playa, y ahogada y todo, *jñaca!*, te hago el amor.»

«¿Conmigo, ahogada?»

«¡Sí!»

«¡Oye!», dice la muchacha, con mucho candor, «¡pero si no se siente ningún placer haciendo el amor con ahogadas!».

Ya lo sabe todo, por supuesto. Una prima suya se ahogó, pasó uno por allí, vigiló si había alguien, «Voy a probarlo»... Lo probó... «¡Mi madre! qué asco... ¡mejor un pez espada!»

De todos modos, la muchacha se escandaliza profundamente y le amenaza: «Oye, ¡como te atrevas sólo a intentar hacerme violencia, vienen mis parientes y te matan a leñazos!».

Y el muchacho le contesta, arrogante (no olvidemos que está interpretando el personaje de un rico aristócrata): «Si tus parientes me encuentran cuando acabo de violarte o mientras te estoy haciendo violencia, ¿qué pueden hacerme? Una *defensa* les doy de *dos mil augustarios*».

¿Qué significa? El augustario era la moneda de Augusto, referido a Federico II. Y en efecto, estamos en 1231-1232, cuando

en Sicilia gobernaba Federico II de Suevia. Dos mil augustarios equivalían, más o menos, a setenta y cinco mil liras de ahora.

¿Y qué es la *defensa*? Forma parte de un grupo de leyes promulgadas para ventaja de los nobles, de los ricos, llamadas «leyes melfitanas», auspiciadas precisamente por Federico II, para facilitar a los notables un maravilloso privilegio de defensa.

Así, un rico podía violar tranquilamente a una joven; bastaba con que, en el momento en que el marido o los parientes descubrían los hechos, el violador sacase dos mil augustarios, los extendiera junto al cuerpo de la violada, alzase los brazos y declamara: «¡Viva el emperador, gracias a Dios!». Esto bastaba para salvarle. Era como si dijera: «¡Mucho ojo! ¡Cuidado con lo que hacéis! El que me toque será ahorcado de inmediato».

Y en efecto, quien tocara al personaje que había pagado la defensa era ahorcado de inmediato, en el lugar de los hechos, o un poco más lejos.

Podéis imaginaros toda la escena.

Una gran ventaja para el violador medieval era que, entonces, los bolsillos no formaban parte de los pantalones. Estaban separados: eran unas bolsas que se colgaban a la cintura, lo que permitía al amador una condición muy ventajosa: desnudo, pero con bolsa. Y en caso de que: «¡Ah, mi marido!» zas... *defensa*... hop... «¡Quieto! ¡Aquí está el dinero!» Claro que había que llevar siempre el dinero contado, lógicamente, uno no puede: «Perdone, espere un momento... no llevo suelto... ¿me cambia por favor?». ¡Rápido, rápido, allí mismo, deprisa! Las madres que se interesaban por la salud de sus hijos, una madre noble, por supuesto, y rica, decía siempre: «¿Sales? ¿Llevas la *defensa*!». «No, no, si voy con mis amigos...» «Nunca se sabe, a lo mejor te encuentras...»

Ah, porque la *defensa* valía también para la violencia a base de cuchillo. Si uno le daba una cuchillada a un campesino... zas... ¡*defensa*! Si además del campesino mataba al burro, entonces se redondeaba la cifra.

De todos modos, esto os hará comprender cuál era la clave de la «ley» de los señores: la brutalidad de una tasa que permitía salir indemne de toda violencia cometida por los que detentaban el poder. Por eso nunca nos explican esta parte en el colegio.

Recuerdo que en mi libro de texto en el bachillerato toda esta estrofa no existía, la habían censurado. En otros textos aparecía, pero nunca la explicaban. ¿Por qué? ¡Es lógico! Por una sencilla razón: a través de este texto se comprende quién escribió el texto. No podía ser más que el pueblo.

El juglar que se presentaba en la plaza descubría al pueblo su condición, la condición de «cornudo y encima apaleado», como se suele decir. Porque esta ley le imponía precisamente la burla, además del cabestro.

Y había otras leyes igualmente innobles. Así que el juglar era alguien que, en la Edad Media, pertenecía al pueblo; como dice Muratori, el juglar nacía del pueblo y del pueblo tomaba la rabia, para devolvérsela de nuevo al pueblo filtrada a través de lo grotesco, de la «razón», para que el pueblo tomara conciencia de su condición.

Por eso en la Edad Media mataban con tanta abundancia a los juglares, los desollaban, les cortaban la lengua, por no hablar de otros adornos. Pero volvamos al auténtico «misterio bufo».



Esta es una secuencia de bufonada, o sea una especie de preparación a los espectáculos irónico-grotescos en los que participaba también el pueblo, maquillado y disfrazado.

Esta era gente del pueblo... la véis... este va disfrazado de

"mammuttones». ¿Qué es el «mammuttones»? Es una máscara anti-quísima, mitad cabra mitad diablo. Aún hoy, en Cerdeña, en algunas fiestas los campesinos se visten con estas extrañas pieles, se cuelgan estos cencerros y se pasean con máscaras muy parecidas a las de la imagen. Veréis que casi todos son diablos. Este es un juglar, este es el personaje del *Jolly*, el loco (alegoría del pueblo) y este es otro diablo... otro más... he aquí otra secuencia.



2. Secuencia de una bufonada.

Diablos, brujas y un fraile de paso, como decoración. Notad otro detalle: todos llevan instrumentos para armar ruido, porque el juego del estrépito, del alboroto, era esencial en estas fiestas. (*Indica un personaje de la diapositiva.*) Este lleva un «*ciucciúé*», u otros nombres que le dan en Nápoles; son unas pieles de cuero que, al aplastarlas o estirarlas, emiten unas pedorretas tremendas. (*Indica otro personaje.*) Aquí hay uno con la pierna levantada, que no precisa instrumento: hace él solo el ruido, es un naturalista... Estos emiten otros ruidos. Estos personajes enmascarados se reunían todos en la plaza y celebraban una especie de proceso simulado a los nobles, a los poderosos, a los ricos, a los señores en general. Entre los que había mercaderes, emperadores, usureros, banqueros...

que viene a ser lo mismo. Había también obispos y cardenales.

Nunca he comprendido por qué, en el Medievo, situaban a cardenales y obispos junto con los poderosos y los señores: son actitudes muy singulares, que no nos hemos molestado en investigar. Naturalmente eran falsos obispos, falsos ricos.

A saber por qué los verdaderos ricos no se prestaban a jugar con el pueblo. Era gente del pueblo que se disfrazaba; se organizaba una especie de proceso, bastante violento, a base de acusaciones concretas. «Has hecho esto, has explotado, has robado, has matado...» Pero el momento más emocionante era el final. Era una especie de infierno al que arrojaban, en falsos pucheros con falso aceite hirviendo, con masacres, con desolamientos, a todos esos ricos, esos señores.

Los ricos de verdad se quedaban en casa esos días, para no pasar por la calle y que a lo mejor... «¡Ay de mí!» «Oh, perdone, me había parecido falso.» Así que, para evitar que los tomaran por falsos ricos, se atrincheraban en sus casas. Es más, se dice, lo dice malintencionadamente un gran historiador, Bloch, que es ese francés alsaciano asesinado por los nazis por comunista, afirma Bloch que seguramente las persianas se inventaron en esa época, para que los ricos pudieran observar todas esas manifestaciones en la plaza, sin que los vieran desde abajo.

Toda esta gente, estos juglares, estos bufones, al terminar la fiesta entraban en la iglesia. La iglesia de la Edad Media respetaba el significado original de *ecclesia*: o sea lugar de asamblea. Así que entraban en ese lugar de asamblea al final de los ocho u once días que duraba la bufonada, que tenía lugar en diciembre, y continuaba la tradición de las fiestas Fesceninas, el carnaval de los Romanos. Así que entraban, y al final de la iglesia, en el crucero, los esperaba el obispo. Este se despojaba de sus vestimentas y se las ofrecía al jefe de los juglares; quien a su vez subía al pulpito y pronunciaba una homilía, un sermón, en la misma clave exacta de los sermones del obispo: es decir, le imitaba. No sólo imitaba sus tics y esquemas, sino todo el discurso de fondo, descubriendo el juego de engaño, de hipocresía, el juego del poder.

Y eran tan hábiles en remedar, y sobre todo en imitar los modelos de hipocresía y paternalismo, que se cuenta que a san

Zeno de Verona, que por otro lado era una buena persona, un juglar se la jugó tan bien, le imitó tan bien, que durante seis meses, cada vez que trataba de subir al púlpito para pronunciar sus sermones, no conseguía acabarlos; tras las primeras tres o cuatro frases, tartamudeaba y se iba.

Ocurría que empezaba: «Mis queridos fieles, yo aquí, humilde pastor, os tr...», y todos muertos de risa. «El corderito...» «¡Beeee!», y el pobre, avergonzado, tenía que marcharse.



3. *Milites*, Mosaico absidal (siglo XII).
Basilica de San Ambrosio, Milán.

Aquí, en esta otra diapositiva, vemos dos personajes.

Son dos *milites*. Es la reproducción de un mosaico que se encuentra en San Ambrosio de Milán, forma parte del mosaico del suelo de la iglesia, y ni siquiera yo, que me encontré ahí abajo sacando relieves cuando estudiaba arquitectura, me había fijado en este maravilloso trozo de mosaico. Son dos juglares disfrazados de *milites*, se comprende por la caracterización teatral de sus gestos.

Se metían bastante a menudo con los *milites* porque eran los más odiados por el pueblo.

A los *milites* pertenecían esos profesionales del orden establecido que hoy llamamos jefes de policía o comisarios. Si con un poco de fantasía les quitáis los ropajes medievales y los sustituis por trajes modernos, veréis que tienen unas expresiones muy significativas.

A vuestra izquierda hay una construcción: pues bien, no forma parte del escenario, es parte de otra escena. En efecto, toda nuestra escena se inscribe dentro del arco. ¿Por qué lo digo? Porque, evidentemente, la construcción fuera del arco se compone de varios pisos: son cuatro, cinco, seis pisos. Bien, hemos comprobado, hemos realizado sondeos, exámenes históricos: en la Edad Media, las comisarías sólo tenían un piso. Era para evitar la dipsonomía, una enfermedad que suelen padecer los comisarios de policía: esa facilidad, durante un interrogatorio, para equivocarse al señalar. Les puede tanto su movimiento agitado, su gesticulación, que la izquierda se convierte en derecha, la derecha en izquierda, y entonces dicen: «Salga, esa es la puerta», señalando la ventana. Esto ha ocurrido muchas veces... ¡en la Edad Media!

Hablando de bromear con cosas muy serias, dramáticas, ayer un compañero, un abogado, me ha escrito para decirme que estas alusiones a hechos ocurridos recientemente, que acaban en una gran carcajada, le habían hecho daño. Bien, era exactamente lo que pretendíamos: hacer comprender lo que permite y permitía (está en la tradición del juglar) al actor del pueblo arañar las conciencias, y dejar un regusto amargo o quemante. La alusión a las hogueras es del todo casual.

Si me limitase a contar ultrajes empleando la clave «trági-

ca», desde una postura retórica o melancólica o dramática (la tradicional, para entendernos), provocaría sólo indignación y todo, inevitablemente, resbalaría como el agua de las plumas de los patos, sin dejar rastro.

Me he permitido este inciso porque a menudo vuelve el discurso irritado de que no hay que «reírse» de cosas tan serias.

Y precisamente el pueblo nos lo ha enseñado: recordemos, a propósito del pueblo, lo que dice Mao Tse-tung sobre la sátira. Dice que la sátira es el arma más eficaz que el pueblo ha tenido en sus manos para comprender por sí mismo, dentro de su propia cultura, todas las triquiñuelas y prevaricaciones de los señores.

Siguiendo con las diapositivas, esta imagen nos muestra otra representación sacra, esta vez dramática y grotesca al mismo tiempo.



4. «Cómicos ambulantes del siglo XIV».
Cambrai, Bibliothèque Municipale.

Es una representación en Flandes, hacia 1360 (la fecha está indicada en el dibujo). Observad, aquí hay una mujer con un cordero en los brazos. Os lo hago notar porque tiene que ver con una parte de la representación de *La matanza de los inocentes*.

Sigamos: aquí hay otra imagen bastante importante, y es Amberes en 1465, justo un año antes del edicto de Toledo (foto 5).

El edicto de Toledo prohibió de manera definitiva que el pueblo representara los misterios bufos. Y comprenderéis ya

por la imagen el motivo de esta censura. Mirad: aquí está Jesucristo, un actor que representa a Jesucristo, aquí dos esbirros. Aquí está un pregonero, por supuesto otro actor, y el pueblo, abajo, que reacciona, contesta a la réplica del pregonero.

¿Y qué dice el pregonero? Grita: «¿A quién queréis en la cruz?».



5. Representación cómico-grotesca
en la plaza municipal de Amberes (1465).

«¿A Cristo o a Barrabás?» Y debajo todo el pueblo contesta gritando: «¡A Jean Gloughert!», que era el alcalde de la ciudad. Comprenderéis que semejante ironía, un poco subida, tan directa, no gustara demasiado al alcalde y a sus amigos... que empezaron a pensar: «¿Y no sería mejor prohibirlas?». Una representación de ese estilo, o incluso un poquito más violenta, si queremos, es esta (foto 6):

París, estamos en la plaza del Louvre, más o menos en la mis-

ma época. Mirad, en este teatrillo vemos a Jesucristo, un actor que interpreta el papel de Jesucristo, y otros actores. Aquí está Poncio Pilatos con la palangana preparada para lavarse las manos, y aquí vemos a dos obispos, fijaos, son dos obispos católicos. Deberían por lo menos llevar ropas hebraicas, ¿no?, con elementos completamente diferentes: sombreros redondos, adornos, trajes de otra época, completamente distintos, que la gente conocía.



6. Una «Pasión» representada
en la Plaza del Louvre, en París (siglo xv).

En cambio el pueblo, fingiendo no entender de ropas, ha colocado ahí a los dos obispos, casi auténticos, del país. Como diciendo: «De acuerdo, este hecho ocurrió en Palestina, de acuerdo, aún no había cristianos, los otros eran judíos, así que no tiene nada que ver, eran obispos judíos y, sobre todo, eran de otra religión, otra realidad. Sí, pero seguían siendo obispos

los que insistieron tanto para que Jesucristo acabara en la cruz. ¡Lo cierto es que siempre, en todos los tiempos y en todas las épocas, los obispos están del lado de los señores para crucificar a los pobres desgraciados como Cristo!».

Y como es natural, estos discursos no gustaban a los obispos, a los cardenales y tampoco al papa, de modo que decidieron reunirse en Toledo, donde dijeron: «¡Basta! No podemos permitir que el pueblo aproveche este juego escénico, que parte de lo sacro, para transformarlo en burla y en ironía».

Y así prohibieron no sólo que se tomase como pretexto los Evangelios, sino también la Biblia.

He aquí un juglar que instrumentaliza los relatos bíblicos. Es la representación de la famosa borrachera de David (foto 7). La Biblia cuenta que David cogió una cogorza que duró siete días, descomunal. Durante esta borrachera, se metió con todo el mundo: insultó a su padre, a su madre, a Dios, pero sobre todo arremetió contra sus súbditos, o sea el pueblo. Decía más o menos: «Pueblo necio, desgraciado y encima gilipollas, ¿por qué te crees esas historias?». Y el juglar retomaba en clave grotesca el personaje, gritando al público: «Pero de verdad os creéis que el altísimo bajó a la tierra con todos sus bártulos y dijo: "Bueno, basta ya de discutir sobre la división de los bienes y las tierras, yo lo arreglo. A ver, ven aquí, tú, llevas barba, me gustas, toma esta corona: tú serás rey. Tú, ven aquí. ¿Es tu mujer? Pareces simpática, serás la reina. Y tú, con esa jeta de trincón... tú, de emperador. Y ese... vaya pinta de espabilado... Ven, ven, verás, ¡tú de obispo! A ti, mira, te pongo de mercader. A ti, ven, ven... mira qué espacio, toda esa tierra que llega hasta el río es tuya... me caes bien... ¡y no la sueltes, eh!... No se la dejes nunca a nadie, y que te la trabajen bien... A ti también, toma esta tierra... ¿Es pariente tuyo? ¡Bien!, así todo queda en familia. Y ahora veamos... a ti te daré toda la orilla del mar. El derecho a la pesca, en cambio, es para ti. Y vosotros... allí... míseros y depauperados... tú y tú y tú, y vuestras mujeres también, trabajaréis para él, para él y para él, y además para él, y como os quejéis os mando al infierno, ¡como que me llamo Dios! ¡Y lo soy, por Dios!"».

Este tipo de representaciones no gustaban nada a los que



7. «La borrachera de David»
(de un códice miniado de la Alta Edad Media).

de verdad poseían cosas: así que se decidió, o mejor, lo decidieron los obispos, que si un juglar se atrevía a interpretar semejantes oprobios entre el pueblo, sería quemado de inmediato.

Sin embargo hubo un tal Hans Holden (foto 8), famoso juglar alemán, habilísimo en el juego de la borrachera de David,



8. «El arresto de Hans Holden».

que se atrevió a actuar después del edicto: lo llevaron a la hoguera. El pobre creyó que los obispos amenazaban en broma: «¡A mí me van a llevar a la hoguera!». Pero se equivocó, los obispos son gente seria, y nunca bromean. Y en efecto lo quemaron vivo. Sin más.

Había también un modo de hacer campaña publicitaria, por así decir, de los espectáculos sacros, que se empleaba en la Edad Media. Aún hoy, en Apulia, durante las fiestas de San Nicolás de Bari, un santo que venía de Oriente, obispo famoso, santo, negro, se celebran procesiones. Pues bien, esa fiesta se ha quedado en un desfile corriente, genérico, con unos carteles que en la Edad Media servían para indicar las escenas que se representarían esa misma noche. Detrás iban los «azotados», es decir, los flagelantes o flagelados, que mientras avanzaban se daban unas hostias tremendas... Por algo se trataba de un espectáculo sacro.

Además, tras el desfile publicitario por calles y plazas de la ciudad, rodeaban el palco donde se desarrollaba la representación y subrayaban, indicaban cantando, gritando, lamentándose e incluso respirando a coro, los tiempos dramáticos y grotescos de la representación. Insisto en este detalle porque de vez en cuando oiréis en mis exhibiciones unas indicaciones en forma de canto coral. El canto, más o menos, era este, por ejemplo:

LOA DE LOS AZOTADOS

¡Ayay azotad, azotaos! ¡Eyayeye!
Compañeros, formad una hilada,
azotaos fuerte y de buena gana,
no tengáis queja de estos fustazos: ¡azotaos!
No temáis estar desnudos,
no temáis los azotes que se llagan,
carnes rotas y desgajadas.
¡Ayay azotad, azotaos! ¡Eyayeye!
El que quiera salvación
que se azote con chirrión,
que lo haga restallar,
sin simular golpes: ¡azotad!
que al Señor Omnipotente
lo azotaron duramente.
¡Ayay azotad, azotaos! ¡Eyayeye!
Si queréis hacer penitencia
y expiar la gran sentencia
que está próxima a llegar
y nadie podrá evitar: ¡azotad!
sobre nosotros caerá,
ay azotemos sin pesar.
¡Ayay azotad, azotaos! ¡Eyayeye!
Para salvarnos del pecado,
Jesucristo fue azotado,
en la cruz fue clavado,
en la cara humillado: ¡azotaos!
y vinagre le dieron de beber
y san Pedro sin aparecer.
¡Ayay azotad, azotaos! ¡Eyayeye!
Y vosotros señores de la usura,

vosotros tendréis desventura,
vosotros escupisteis a Cristo
prosperando con mal artificio: ¡azotaos!
vosotros que estrujasteis como uvas
los peculios de los que sudan.
¡Ayay azotad, azotaos! ¡Eyayeye!

Hace unos años organizaron cerca de Milán, en la abadía de Chiaravalle, una extraordinaria exposición de máquinas teatrales. Había estatuas maravillosas con todos los miembros móviles, articulados, exactamente como las marionetas o las muñecas. El movimiento se regulaba mediante una serie de palancas y ganchos maniobrados por un titiritero oculto en el hueco de la estatua, que no era completa, pues sólo tenía la parte de delante. Había por ejemplo una preciosa Virgen con el niño, del año 1100, y ambos personajes se movían, brazos, tronco, codos e incluso ojos, jugando también con el truco del *desequilibrio* de los titiriteros flamencos: por ejemplo, en el antebrazo, haciendo palanca, articulada dentro de la mano, había una bisagra, por lo que cualquier golpe, incluso leve, hacía girar la mano sobre la muñeca, antes de volver a encontrar su equilibrio estable. Cualquier golpecito hacía que las manos, u otra parte del cuerpo, se moviesen con una gracia extraordinaria, dando la impresión de algo vivo.

Según el mismo principio fue construida otra pieza famosa, el Cristo de Aquileia: no se ve porque viste una túnica que le cubre todo el cuerpo, pero desnudo está todo articulado, hasta el cuello.

¿Por qué el pueblo recurría a estas máquinas para representar la divinidad, cuando escenificaba sus espectáculos? ¿Tal vez temía cometer un acto blasfemo, ofender el aspecto sagrado del personaje divino? ¡No! En absoluto, esto ocurría porque el actor, el cómico, quería que el interés del público se centrara no tanto en lo divino, como en lo humano: si un actor hubiese entrado antes con las ropas de Jesucristo, habría monopolizado toda la atención, mientras que una estatua era tan sólo indicativa, emblemática, y el actor podía desarrollar

con comodidad el aspecto dramático de la condición humana, subrayarla más: la desesperación, el hambre, el dolor.

He hablado de las máquinas teatrales porque la pieza que voy a interpretar ahora las necesita, en concreto el empleo de una máquina que representa a la Virgen con el niño en brazos. Con ella tenemos en escena a una mujer que lleva en brazos un corderito, una loca: por eso os he enseñado antes esa imagen de Flandes, donde aparece una mujer con un corderito en brazos. Es una mujer a la que han matado al hijo en la matanza de los inocentes, y ha encontrado en un redil un corderito, lo ha tomado en sus brazos y, convencida, va contando a todos que es su hijo. La alegoría es clara: el cordero es el «Agnus Dei», el hijo de Dios, así que esta mujer es también la Virgen.

Este doble juego del personaje mujer-Virgen es muy antiguo, viene ni más ni menos que de los griegos. La mujer puede permitirse decir cosas que una verdadera Virgen, una actriz que interpretase a la Virgen, o mejor un actor maquillado de Virgen, como hacían entonces, jamás hubiera podido decir. Esta mujer llega a blasfemar contra Dios con increíble violencia. Empieza a gritar con el cordero en brazos: «...¡podías haberte quedado con tu hijo, si nos iba a costar tanto sufrimiento, tanto dolor! Llegarás a comprender el dolor de los hombres, tú que has querido en seguida un cambio a tu favor, por una taza de tu sangre has querido un río de sangre, mil criaturas por una tuya. ¡Podías haberte quedado con tu hijo, si nos iba a costar tanto sufrimiento, tanto dolor! Llegarás a comprender tú también el dolor, la pena de los hombres, la desesperación, el día que tu hijo muera en la cruz. ¡Ese día comprenderás qué castigo tan tremendo has impuesto a todos los hombres, por un pecado, por un error! Pues bien, en la tierra, ningún padre, por malvado que sea, tendría el valor de imponérselo a su propio hijo. ¡Por canalla que sea, ese padre!».

¡Sin duda es la mayor blasfemia que se haya oído jamás! Es como decir: «Padre, todopoderoso, ¡eres basura de la peor especie! No hay un padre tan canalla como tú». ¿Y por qué tanto odio del pueblo hacia el todopoderoso? Lo hemos visto antes. Porque el todopoderoso representa lo que los señores han enseñado al pueblo, es quien ha repartido, quien ha concedí-

do tierras, poder, privilegios a un determinado grupo de personas, y por el contrario disgustos, desesperación, sumisión, aflicción, humillación al resto del pueblo. Por eso odian a Dios, porque representa a los amos, es quien distribuye coronas y privilegios; mientras que aman a Jesucristo, porque baja a la tierra para tratar de devolverle la primavera. Y, sobre todo, la dignidad. En estas historias del pueblo, el discurso de la dignidad aparece continuamente, con increíble insistencia. La dignidad.

Vayamos ahora a la representación de *La matanza de los inocentes*. Tengo que señalar sólo un detalle: el lenguaje. El lenguaje, el dialecto, sería mejor decir la lengua, porque es el padano de los siglos XIII-XV, pero recitado por un actor, que se veía obligado a cambiar de pueblo a diario. Hoy estaba en Brescia, mañana en Verona, en Bérgamo, etc., por lo que tenía que actuar en dialectos muy diferentes. Había un centenar de dialectos, y se diferenciaban muchísimo, más que en la actualidad, de un pueblo a otro, así que el juglar hubiera tenido que conocer cientos de dialectos. ¿Qué hacía entonces? Se inventaba uno suyo. Un lenguaje compuesto por muchos dialectos, con la posibilidad de sustituir palabras en determinados momentos, y cuando se encontraba en el apuro de no saber qué palabra elegir, para que la gente comprendiera alguna cosa, rápidamente introducía tres, cuatro, cinco sinónimos. Hay un ejemplo extraordinario: un juglar de Bolonia cuenta la historia de una joven que está abrazando al hombre que ama. Pero de pronto le tiene miedo. Ha querido a toda costa hacer el amor con él, pero cuando se encuentra en el trance delicado, le aleja en seguida, diciendo: «*Non me tocar a mi, che mi a son zovina, son fiola, tosa son e garsonetta*». Lo ha dicho todo: soy mocita, soy mocita, soy mocita y además mocita. Así cada uno puede elegir el término que mejor entienda. Oiréis muchas veces estas iteraciones en el espectáculo, pero se emplean además con otro fin: reforzar el momento poético, y, sobre todo, en el ritmo, multiplicar la intención dramática. Y esto es cosa particular, única, del juglar, del teatro del pueblo, es decir, la posibilidad de escoger los sonidos más adecuados para cada momento. Por lo que se oye «*croz*», «*aros*», «*crosge*» y siempre es

cruz, «*croce*» en italiano, sacada de diferentes dialectos, para resaltar en cada momento el valor escénico. La representación la ejecuta un solo personaje, luego os explicaré por qué. No es sólo un motivo de exhibición, hay una verdadera razón de fondo. Veréis el juego de las estatuas móviles, como os he contado, el coro de azotados, que inicia el canto y después, veréis, un soldado es degollado y muere, y el coro de azotados marca el ritmo fúnebre de un canto.

LA MATANZA DE LOS INOCENTES

Coro de los azotados

¡Ayay azotad, azotaos!
¡Eyayeye!
Con dolores y lamentos
por matanza de inocentes,
inocentes mil infantes
degollados como corderitos,
de sus madres extraviadas
rey Herodes ha arrancado.
¡Ayay azotad, azotaos! ¡Eyayeye!

Mujer Asesino... cerdo... no toques a mi niño.

Primer soldado Deja... suelta a ese niño o te corto las manos... te arreo una patada en la barriga... ¡suelta!

Mujer ¡Nooo! Márame a mí en su lugar... (*El soldado le arranca el niño y lo mata.*) yaa... ayaaa... me lo has matado, acogotado.

Segundo soldado Mira, aquí hay otra... Quieta donde estás, mujer... que os atravieso a los dos... a ti y a tu niño.

Madre Atraviésanos, lo prefiero...

Segundo soldado No seas loca... todavía eres joven y tienes tiempo de parir otra docena de crios... Dame a ese... sé buena.

Madre No... quita esas zarpas de encima.

Segundo soldado Ayy... conque muerdes, eh... ¡pues toma esto (*tortazo*), y suelta ese rebujo!

Madre Piedad, te lo ruego... no me lo mates... te daré todo lo que tengo.

El soldado le arranca el hatillo y se encuentra con un cordero en las manos.

Segundo soldado Oh, ¿qué es esto? ¿Una ovejita, un cordero...?

Madre Oh sí, no es un niño, es un corderito... yo nunca tuve niños... no valgo, yo. Oh, te lo ruego, soldado, no me mates al corderito... que aún no es Pascua... ¡y cometerías un gran pecado si me lo matas!

Segundo soldado ¡Oye, mujer! ¿Me quieres dar por el trasero... o es que estás loca?

Madre ¿Loca yo? ¡Claro que no estoy loca!

Llega otro soldado.

Segundo soldado Vámonos, déjale el cordero... a esa se le ha trastornado el juicio... del dolor de que le hayamos matado al hijo. Qué te pasa... muévete, nos queda un montón que degollar.

Primer soldado Espera... me entran ganas de vomitar...

Segundo soldado ¡No me choca! Comes como un cerdo: cebollas, carnero salado y luego... ven a la esquina, hay una taberna... te invito a un trago de grapa.

Primer soldado ¡No, no es por la comida! Es por esta matanza, esta carnicería de niños que estamos haciendo, que se me ha revuelto el estómago.

Segundo soldado Si sabías que eras tan fino, no haberte dedicado a este oficio de soldado.

Primer soldado Yo me metí a soldado para matar hombres enemigos...

Segundo soldado Y a lo mejor también para tumbar a alguna buena hembra en el pajar... ¿eh?

Primer soldado Bueno, si se terciaba... pero siempre mujer de enemigos...

Segundo soldado Y degollarle el ganado...

Primer soldado De los enemigos.

Segundo soldado Quemarles las casas... matar a sus viejos... a sus gallinas y a sus crios... Crios de los enemigos, claro.

Primer soldado Sí, crios también... ¡pero en la guerra! En guerra no es deshonra: ¡hay trompetas sonando, tambores redoblando y canciones de batalla y bonitas palabras de los capitanes al final!

Segundo soldado Oh, también por esta degollina oirás bonitas palabras de los capitanes.

Primer soldado Pero aquí se matan inocentes...

Segundo soldado ¿Y qué, en la guerra no son todos inocentes? ¿A ti qué te han hecho esos? ¿Te han hecho algo esos desgraciados a los que matas y degüellas mientras suenan las trompetas? (*Al fondo pasa la máquina que representa a la Virgen con el niño.*) ¡Que me quede ciego si esa no es la Virgen María con su niño que estamos buscando! Vamos a acercarnos, antes de que se nos escape... muévete, que esta vez conseguimos el premio, y es gordo.

Primer soldado No quiero ese premio sucio y asqueroso...

Segundo soldado Pues lo cogeré yo...

Primer soldado No, tú tampoco lo cogerás... (*Le corta el paso.*)

Segundo soldado ¿Te has vuelto loco? Déjame paso, que nos han dado orden de matar al hijo de la Virgen...

Primer soldado Me cago en la orden... no des un paso que te aplasto...

Segundo soldado Imbécil... aún no te has enterado de que como ese niño quede vivo, será rey de Galilea en lugar de Herodes... ¡se lo ha dicho la profecía, te enteras!

Primer soldado ¡Pues también me cago en Herodes y en la profecía!

Segundo soldado Tú lo que necesitas es vaciar el vientre, no el estómago... Busca un prado y déjame pasar... ¡yo no quiero perderme el premio!

Primer soldado ¡No, no puedo más de ver matar niños!

Segundo soldado ¡Tú te lo has buscado! (*Lo atraviesa con la espada.*)

Primer soldado Ay... me has matado... desgraciado... me has traspasado las tripas...

Segundo soldado Lo siento... eres un tarugo... yo no quería...

Primer soldado Meo sangre por todas partes... oh mamá... mamá... dónde estás mamá... tengo frío, mamá... mamá... (*Muere.*)

Segundo soldado No lo he matado yo, era un cadáver desde que empezó a sentir piedad. «Soldado que siente piedad ya es»

tá muerto y enterrado», lo dice el refrán. Y encima me ha hecho perder la ocasión de trincar a la Virgen con el niño.

Los azotados cantan una letanía fúnebre. El soldado sale arrastrando el cadáver de su compañero. Entra el maniquí de la Virgen. Tras ella entra la loca.

Madre No huyáis, Virgen... no temáis, no soy un soldado... soy una mujer... madre también... con mi niño... Ocultaos tranquila, que los soldados se han ido... sentaos, pobre mujer, que habéis corrido demasiado... Enseñadme a vuestro niño. ¡Oh, qué guapo, y qué morenito está! ¿Cuánto tiempo tiene? Guapo, guapo... qué alegre... se ríe... guapo, guapo... debe de ser del tiempo del mío...

¿Cuál es su nombre? ¿Jesús? Bonito nombre: Jesús! Guapo, guapo... Jesusito... ya tiene dos dientes... qué gracioso... el mío todavía no tiene dientes... ha estado un poco enfermito el mes pasado, pero ahora ya está bien... está aquí, duerme como un angelito... (*Lo llama.*) ¡Marcos! Se llama Marcos... está durmiendo tan a gusto... ¡Oh cariño, qué guapo eres! Tú también eres guapo... Marquitos... Claro que a las mamás nuestro niño nos parece siempre el más guapo del mundo... aunque tenga algún defecto, nosotras no lo vemos.

¡Quiero tanto a este bichejo, que si me lo quitaran, me volvería loca!

Si pienso en el susto que me he llevado esta mañana, cuando me he acercado a la cuna y me la he encontrado vacía, llena de sangre, y mi niño no estaba... Por suerte no era verdad, era sólo un sueño, pero yo no sabía que era un sueño, así que al rato me he despertado todavía bajo la impresión del sueño, ¡tan desesperada que parecía una loca! He salido al patio y he empezado a blasfemar contra el Señor: «Dios terrible y despiadado», le gritaba, «tú has ordenado esta matanza... tú has querido este sacrificio a cambio de hacer bajar a tu hijo: ¡mil niños degollados por uno tuyo, un río de sangre por una tacita! Podrías haber guardado a tu hijo a tu lado, si tenía que costarnos tanto sacrificio a nosotros, pobres desgraciados... Oh, ya llegarás a saber lo que es reventar de dolor el día en que muer-

ra tu hijo. Llegarás también a comprender por fin que ha sido muy grande y tremendo el castigo que has impuesto a los hombres para la eternidad... ¡ningún padre en la tierra hubiera jamás tenido el corazón de imponerle esto a su hijo, por malvado que fuera!».

Estaba en el patio gritando estas blasfemias, como os he dicho, cuando, de pronto, he vuelto los ojos y en el redil, entre las ovejas, he descubierto a mi hijo que lloraba... en seguida lo he reconocido... lo he tomado en mis brazos... y me he echado a llorar de consuelo.

«Te suplico perdón, Señor misericordioso, por esas palabras tan feas que te he gritado, yo no las pensaba... ha sido el demonio, sí, ¡ha sido el demonio que me las ha inspirado! ¡Tú eres tan bueno, Señor, que me has salvado al hijo mío!... y lo has hecho de manera que todos le crean un corderito de verdad. Ni los soldados se han dado cuenta, y me lo dejan vivo... Sólo tendré que vigilar en el campo cuando llegue la Pascua, que es cuando matan corderos al igual que hoy matan niños. Vendrán los matarifes en su busca... pero yo le pondré un gorrito en la cabeza y lo envolveré en pañales... para que se convengan de que es un niño. Pero en seguida, después, tendré cuidado de que no le reconozcan nunca más como un niño... es más, lo llevaré a pastar y le enseñaré a comer hierba para que sea para todos un corderito... ¡Porque le será más fácil, a este hijo mío, vivir como oveja que como hombre, en este mundo infame!»

Oh, se ha despertado... ¡se ríe! Mirad, Virgen, si no dan ganas de cogerlo como una flor, de precioso que es mi Marquitos... (*La mujer abre el chal para enseñarle la ovejita a la Virgen. La Virgen se siente mal.*) Oh, Virgen, ¿os encontráis mal? Sed fuerte, no lloréis... lo peor ya pasó... Todo acabará bien, ya veréis... ¡Hay que confiar en la Providencia, que nos ayuda a todos!

Coro Señor, tu misericordia es tan grande que envías la cura a los que no son capaces de manifestar su dolor...

Madre (*Canta acunando al cordero.*)

A la nana nana,
niño precioso de tu mamá.
La Virgen acunaba

y los ángeles cantaban,
San José de pie dormía,
el niño Jesús reía,
y Herodes blasfemaba,
mil niños al cielo volaban,
¡a la nana nana!

También está ligada al tema de la dignidad la *Moralidad del ciego y del tullido*. Es uno de los temas más famosos y difundidos del teatro medieval en toda Europa. Se conocen versiones en todas partes: más de una en Francia (foto 9), en el Hainaut belga. En Italia hay una célebre versión de Andrea della Vigna de finales del siglo XV.

En un determinado momento, el ciego dice: «No es dignidad tener las piernas derechas, tener ojos que ven, dignidad es no tener un amo que te someta». La auténtica libertad consiste en no tener amos, no sólo yo, sino vivir en un mundo donde nadie tenga un amo. Y esto, fijaos bien, en torno a los siglos XIII-XIV.

Por supuesto, estas cosas no las enseñan en los colegios, pues que los chicos sepan que ya en la Edad Media los pobres desgraciados comprendían ciertas barbaridades, el significado de la explotación, resulta muy peligroso.

Moralite

de l'aveugle et du boiteux.



9. «Moralité de l'aveugle et du boiteux»
(Moralidad del ciego y del tullido).

Frontispicio de un grabado francés del siglo xvi.

MORALIDAD DEL CIEGO Y DEL TULLIDO

Ciego Ayudadme, buena gente... haced caridad a este pobre desgraciado, ciego de los dos ojos, y por suerte no puedo mirarme, que me daría tanta pena que me extraviaría.

Tullido Oh gentes de buen corazón, apiadaos de mí, que estoy tan baldado que al mirarme siento tanto espanto que quisiera salir por piernas, si no estuviera tan lisiado que no me muevo sin carrito.

Ciego Ay que no puedo andar sin estampar la cabeza en todas las columnas y en las esquinas... que alguien me ayude.

Tullido Ay que no consigo salir de este camino, se me han roto las ruedas del carrito y acabaré muerto de hambre en este lugar como no me ayude alguien.

Ciego Tenía un perrazo tan bueno que me acompañaba... se escapó tras una perra en celo... por lo menos creo que era hembra esa perra, que no veo y no estoy seguro... también pudo ser un perro cochino vicioso, o un gato melindroso que le enamoró, a mi perro.

Tullido Socorro, socorro... ¿nadie tiene cuatro ruedas nuevas que prestarme para mi carrito? ¡Señor Dios, concédeme la gracia de esas cuatro ruedas!

Ciego ¿Quién se lamenta pidiendo ruedas a Dios?

Tullido Yo soy, el renco tullido con las ruedas rotas.

Ciego Acércate a mí, al otro lado del camino, que veré de ayudarte... No, no veré nada... si no es por un milagro... Bah, veremos, ¡ven!

Tullido No puedo ir hasta ahí... Dios maldiga a todas las ruedas del mundo y las vuelva cuadradas para que no puedan andar por ahí rodando.

Ciego Oh, si pudiese llegar derecho hasta ti... ten por seguro que te cargaría a hombros todo entero, menos las ruedas y

el carrito. Nos volveríamos una sola criatura, de dos que somos... y ambos ganaríamos satisfacción. Yo me movería con tus ojos y tú con mis piernas.

Tullido ¡Oh, qué idea! Menudo cerebro debes de tener, lleno de ruedas y ruedecitas. ¡Oh, Dios nuestro señor me ha concedido la gracia de prestarme las ruedas de tu cerebro para que pueda volver a ir pidiendo limosna!

Ciego Sigue hablando, que me oriento... ¿voy bien por aquí?

Tullido Sí, ven tranquilo que estás en el buen camino.

Ciego Para no tropezar será mejor que me ponga a gatas. Oye, ¿voy derecho?

Tullido Tuerce un poco a la izquierda... ¡no tanto! Eso es una virada... suelta el ancla y retrocede... bien... fuera remos, arriba velas... endereza, endereza... bien, avanza seguro ahora.

Ciego ¿Me tomas por un galeón? Dame la mano cuando esté cerca.

Tullido ¡Te doy las dos! Ven, ven, niño guapo de tu mamá, que ya casi estás... ¡No! hostia... no te vayas a la deriva... endereza a la derecha... Oh, mi barcaza de salvamento...

Ciego ¿Te tengo? ¿Eres tú, de verdad eres tú?

Tullido ¡Soy yo, cegato de mi alma... deja que te abrace!

Ciego ¡No quepo en mí de gozo, lisiado de mis amores! Ven que te lleve... súbete a mi espalda...

Tullido Sí que me subo... date la vuelta... y bájate... ¡Aúpa! ¡Ya estoy!

Ciego No me claves las rodillas en los riñones... que me partes.

Tullido Perdona... es la primera vez que monto a caballo, no tengo costumbre.

Eh tú, ten cuidado, no vayas a tirarme al suelo, por lo que más quieras.

Ciego Ten por seguro que te cuidaré, compañero, como si fueras un saco de remolachas. Pero tú guíame derecho... no vayas a mandarme a pisar boñigas de vaca.

Tullido Prestaré atención, tranquilo. Por cierto, ¿no tendrás un hierro para que te lo ponga de bocado, y un par de correas para sujetarte el cuello? Me resultaría más fácil llevarte.

Ciego Vaya, ¿me tomas por un borrico? ¡Ay de mí, cómo pesas! ¿Cómo es que pesas tanto?

Tullido Tú camina... no gastes fuele... ¡arre! Trota, cegato mío, y pon atención, que cuando te tire de la oreja izquierda, tienes que girar a la izquierda... y cuando tire...

Ciego ¡Ya te he entendido! No soy un borrico. ¡Oh! ¡No hay quien pueda, pesas demasiado!

Tullido ¿Pesar yo?... Pero si soy una pluma... ¡una mariposa!

Ciego Una mariposa de plomo, que si te caes al suelo abres un hoyo como para encontrar agua de manantial... ¡sangre de Dios! ¿Te has comido un yunque de hierro para almorzar?

Tullido Estás loco, llevo dos días sin comer.

Ciego Pues también llevarás dos meses sin cagar.

Tullido Muy gracioso... Dios es testigo... sólo llevo seis días sin hacer de vientre.

Ciego ¿Seis días? Dos comidas mínimo al día suman doce cubiertos. San Jerónimo, protector de los cargadores, estoy llevando un almacén de víveres para todo un año de carestía. ¡Lo lamento, pero te voy a descargar aquí mismo y tú hazme el santo favor de ir a descargar el almacenaje ilegal!

Tullido Para, para, ¿no oyes qué alboroto?

Ciego Sí, parece gente que grita y maldice. ¿Contra quién gritan?

Tullido Vete un poco atrás para que pueda mirar... apóyate aquí... Bien, ya lo veo... la han tomado con él... pobre Cristo.

Ciego ¿Pobre Cristo, quién?

Tullido Pues él, Cristo en persona... Jesús, hijo de Dios!

Ciego ¿Hijo de Dios? ¿Cuál?

Tullido ¿Cómo que cuál? ¡Su único hijo, ignorante! Un hijo santísimo... dicen que hace cosas admirables, maravillosas: cura enfermedades, las peores y más tremendas que hay en el mundo, a quien las soporta con ánimo alegre. Así que mejor nos largamos de este pueblo.

Ciego ¿Largarnos? ¿Y por qué razón?

Tullido Porque no puedo aceptar esta condición con alegría. Dicen que si ese hijo de Dios pasara por aquí, me haría el milagro de inmediato... y a ti también, de la misma manera... Piénsalo, como de verdad nos ocurra a los dos la desgracia de

que nos libere de nuestras desgracias... De pronto nos veríamos obligados a buscar un oficio para poder tirar.

Ciego Pues yo digo que vayamos a ver a ese santo, para que nos saque de esta desgracia maldita.

Tullido ¿Lo dices de veras? Tendrás tu milagro, bien, y te morirás de hambre... porque todos te gritarán: «¡Tú, a trabajar!».

Ciego Ay, me entran sudores fríos sólo de pensarlo...

Tullido «Ve a trabajar, vagabundo», te dirán, «brazos robados a las galeras...». Y perderemos el gran privilegio que tenemos igual que los señores, que los amos, de recibir la gabela: ellos con los trucos de la ley, nosotros con la compasión. ¡Y todos a engañar bobos!

Ciego Vamos, huyamos de ese encuentro con el santo, antes prefiero morir. Uy madre mía... vamos... vamos volando al galope... ¡agárrate a mis orejas para que puedas guiarme lo más lejos posible de esta ciudad! Nos iremos incluso de la Lombar día... Iremos a Francia o a un sitio donde jamás pueda llegar ese Jesús, hijo de Dios... ¡Iremos a Roma!

Tullido Quieto, quieto, loco atolondrado, que te vas a caer...

Ciego ¡Oh, te lo ruego, sálvame!

Tullido Cálmate... que nos salvaremos los dos en compañía... todavía no hay peligro, pues la procesión que acompaña al santo aún no se ha movido.

Ciego ¿Qué hacen?

Tullido Le han atado a una columna... y están detrás, azotándole. ¡Uy, cómo le pegan esos energúmenos!

Ciego Pobre hijo... ¿por qué le pegan? ¿Qué les ha hecho a ellos... a esos energúmenos?

Tullido Ha venido a decirles que sean amorosos, igual que hermanos. Pero cuídate de tenerle compasión, que el mayor peligro es que nos haga milagro.

Ciego No, no le tengo compasión... para mí no es nadie, ese Cristo... yo nunca le he conocido... Pero dime qué le hacen ahora.

Tullido Le escupen... cerdos asquerosos, le escupen a la cara...

Ciego ¿Y él qué hace... qué dice, ese pobre santo hijo de Dios?

Tullido No dice, no habla, no se rebela... ni siquiera los mira enfadado, a esos energúmenos...

Ciego ¿Y cómo los mira?

Tullido Los mira con melancolía.

Ciego Querido hijo... no me cuentes nada de lo que va ocurriendo, que se me cierra el estómago... y siento frío en el corazón, y tengo miedo de que sea algo parecido a la compasión.

Tullido Yo también siento que el aliento se me detiene en la garganta y escalofríos en los brazos... Vamos, vámonos de aquí.

Ciego Sí, vamos a encerrarnos en uno de esos lugares donde se puede evitar conocer estos hechos dolorosos. Conozco una taberna...

Tullido ¡Escucha!

Ciego ¿Qué?

Tullido Ese alboroto... aquí cerca.

Ciego ¿No será el santo que llega?

Tullido Oh, Dios nos haga gracia, no me asustes que estamos perdidos... allí junto a la columna no queda nadie...

Ciego ¿Ni siquiera Jesús, hijo de Dios? ¿Dónde se han metido?

Tullido Ahí están... llegan todos en procesión... ¡estamos perdidos!

Ciego ¿Viene también el santo?

Tullido Sí, está en el medio... ¡cargado con una cruz enorme, el pobre!

Ciego No te pierdas en compasión... mejor date prisa en guiarme a algún sitio donde podamos ocultarnos de sus ojos...

Tullido Sí, vamos... tuerce a la derecha... corre, corre, antes de que pueda mirarnos, ese santo milagrero...

Ciego Oh, me he torcido el tobillo... no puedo moverme.

Tullido Que te venga un cáncer... ¿justo ahora?... ¿no podías mirar dónde ponías los pies?

Ciego Pues claro que no podía mirar... ¡soy ciego y no puedo verme los pies!

¿Cómo que no puedo? Sí que puedo... ¡me los veo! Me veo los pies... ¡oh, qué pies tan bonitos tengo! Santos y guapos... con todos sus dedos... ¿cuántos dedos? Cinco en cada pie... y

con las uñas gordotas y pequeñitas colocadas en fila... Oh, os quiero besar a todas, una a una.

Tullido Estás loco... despacio, que me vuelcas. Ay... me has matado... desgraciado... si pudiera darte de patadas... ¡toma! *(Le da una patada.)*

Ciego Qué maravilla... también veo el cielo... y los árboles... ¡y las mujeres! *(Como si las viera pasar.)* ¡Qué guapas son las mujeres!... ¡No todas!

Tullido ¿Pero de verdad he sido yo quien te ha dado la patada? Déjame probar otra vez: sí... sí... ¡Qué día tan aciago... estoy acabado!

Ciego ¡Bendito sea ese santo que me ha curado! Veo lo que no he visto en mi vida... he sido un pobre imbécil por querer rehuirle, pues no hay en el mundo cosa más dulce y alegre que la luz.

Tullido Que el diablo se lo lleve y con él, a todos los agra-decidos... ¿Tenía yo que ser tan miserable y desventurado como para que me mirara ese hombre lleno de amor? ¡Estoy desesperado! Me tocará morir con las tripas vacías... ¡me comería estas piernas sanadas así, crudas, de pura rabia!

Ciego El loco era yo, ahora lo veo claro, por querer escapar del buen camino para quedarme en el oscuro... ¡sin saber que poder ver era un premio tan grande! Oh, qué bonitos los colores coloreados... los ojos de las mujeres... los labios y todo lo demás... qué bonitas las hormigas y las moscas... y el sol... ¡no puedo esperar a que llegue la noche para ver las estrellas e ir a la taberna a descubrir el color del vino! *\Deo gratias*, hijo de Dios!

Tullido Ay de mí... tendré que servir a un amo y sudar sangre para poder comer... Oh desventura desventurada y puerca... Tendré que ir en busca de otro santo que me conceda la gracia de lisiarme otra vez los jarretes...

Ciego Hijo de Dios maravilloso... ¡no hay palabras ni en vulgar ni en latín que puedan decir que tu piedad es como un río crecido! ¡Aplastado bajo una cruz, aún te queda tanto amor como para pensar en las desgracias de desgraciados como nosotros!



10. «Domingo de Ramos». Grabado popular del siglo xviii.

En el siglo XIX, un inglés llamado Smith recogió en un volumen numerosas representaciones sacras italianas (foto 10). Esta es la imagen de una representación que aún se sigue haciendo en Sicilia, exactamente en la Piana dei Greci, y que expresa tres momentos diferentes de una misma situación: la entrada de Jesucristo en Jerusalén -lo veis, es el personaje situado bajo los ramos, y a su alrededor el pueblo en fiesta-; Baco; y al final, el descenso de Dionisio al infierno. Dionisio es una divinidad griega, de origen tesálico-minoico, de quince siglos antes de Cristo. De él se cuenta que sentía tanto amor por los hombres, que cuando un demonio bajó a la tierra y robó la primavera para llevársela al infierno y disfrutar él solo de ella, se sacrificó por los hombres: se subió en un mulo, bajó al infierno y pagó en persona, con su propia vida, para que los hombres recuperaran la primavera.

También Jesucristo, quince siglos más tarde, es ese Dios que baja a la tierra para intentar devolver la primavera a los hombres. Como os he dicho antes, la primavera es la dignidad: el mismo tema de otra pieza que después veremos. En el medio está Baco, el dios del jolgorio, incluso de la embriaguez, de la disipación y el júbilo.

Esto de encajar a los dioses unos dentro de otros, fijaos bien, no es casual: es una tradición constante en la historia de las religiones de todos los pueblos.

Para contar esta historia, entonces, tenemos al personaje del borracho, el personaje-guía de esta juglaría. El personaje cuenta cómo, en un banquete nupcial, se emborrachó con el vino fabricado, inventado expresamente por Jesucristo. Jesucristo, pues, se convierte en Baco, y en un determinado momento se le representa de pie encima de una mesa, mientras grita a todos los comensales: Emborrachaos, gentes, festejad. Sed felices, es lo que importa: no esperéis el paraíso después, el paraíso también está aquí en la tierra. Justo lo contrario de lo que nos enseñan en las clases de religión, de niños, cuando nos explican que, bueno, hay que aguantar... estamos en un valle de lágrimas... no todos pueden ser ricos, a unos les va bien y a otros mal, pero luego todo se compensará cuando estemos en el cielo... portaos bien, sed buenos y no deis la lata. Más o menos.

Por el contrario, este Jesucristo de la juglaría dice: «Podéis dar toda la lata que queráis y disfrutar con alegría».

Dos son los personajes ligados a esta representación: el borracho y el ángel. El ángel, o mejor el arcángel, quiere contar el prólogo de un espectáculo sacro, dentro de los cánones tradicionales; pero el borracho, con mala idea, le quiere estropear todo el discurso, contando la trompa que se agarró en las bodas de Cana. El ángel utiliza un lenguaje aristocrático, elegante, pulido; el otro, un dialecto campesino, torpe, subido de tono, muy pintoresco. Interpreto esta pieza solo, y no por exceso de exhibicionismo: hemos tratado de interpretarla entre dos actores, y hemos descubierto que no funcionaba. Porque casi todos estos textos fueron escritos para un solo intérprete. Los juglares trabajaban casi siempre solos: nos damos cuenta porque, en el texto, todas las alusiones se resuelven mediante desdoblamientos, indicaciones. De modo que, a través del juego de imaginación, toda la carga de poesía y de comicidad se multiplica.

Justo como ocurre delante del televisor, donde, para evitar que te canses, te dan todos los detalles: y tú te quedas ahí, pasmado, y puedes dormirte, digerir, eructar tan a gusto... y al día siguiente estás listo para ir a currar, con el coco lavado, y dispuesto a dejarte explotar de nuevo.

Aquí, en cambio, hay que esforzarse por imaginar.

Bien: cuando me encuentre a este lado del escenario (*señala la izquierda*), seré el ángel, aristocrático, de gestos elegantes; cuando esté allí (*indica la derecha*), seré el borracho.

(*Mientras el personaje del ángel permanezca en escena, se proyectará al fondo su imagen: foto 11.*)



11. Un «Ángel» de Cimabue. Asís,
Triforio de San Francisco (finales del siglo XIII).

LAS BODAS DE CANÁ

Ángel (*Al público.*) Prestad atención, buena gente, pues quiero hablaros de una historia verdadera, una historia que comenzó...

Borracho Yo también quiero contaros una cogerza... una borrachera...

Ángel ¡Borrachín!

Borracho Quiero hablaros...

Ángel Calla... ¡no hables!

Borracho Pero es que yo...

Ángel Calla... ¡tengo que empezar yo, que soy el prólogo! (*Al público.*) Buena gente, todo lo que os vamos a contar será verdad, todo arranca de los libros y de los evangelios. Todo lo que de allí ha salido no es fantasía...

Borracho Yo también os quiero contar, y no es fantasía: he agarrado una borrachera tan dulce, una borrachera tan hermosa que ya no quiero volver a emborracharme nunca más para no olvidar esta borrachera tan hermosa que llevo encima ahora. Que es una borrachera...

Ángel ¡Borrachín!

Borracho Quiero contaros...

Ángel ¡No! Tú no cuentas... ¿eh?

Borracho Pero... es que yo...

Ángel ¡Chiss!

Borracho ¿Pero yo... no?

Ángel Buena gente... Todo lo que voy a contaros será verdad, todo ha salido de los libros y de los evangelios. Lo poco que hemos añadido de fantasía...

Borracho (*En voz muy baja.*) Luego os cuento una borrachera hermosísima...

Ángel ¡Oh! borrachín...

Borracho Si no hacía nada... sólo con el dedo.

Ángel Ni con el dedo.

Borracho ¡Pero si no hago ruido con el dedo!

Ángel Haces ruido... rrrr...

Borracho ¿Hago ruido con el dedo? Bah, lo haré con el cerebro... yo pienso... pienso... pienso... y con los ojos... ¡y ellos entienden!

Ángel ¡No!

Borracho Pero no hago ruido con el cerebro...

Ángel ¡Haces ruido!

Borracho ¿Hago ruido con el cerebro? ¡Recórcholis!... Estoy borracho de verdad... ¡Por la Virgen!

Ángel ¡No respire!

Borracho ¿Cómo? ¿No puedo respirar? ¿Ni siquiera con la nariz?... ¡Estallaré! Y...

Ángel ¡Estalla!

Borracho Ah... pero... si estallo haré ruido, ¡eh!

Ángel ¡Chiss!

Borracho Pero... yo...

Ángel Todo lo que vamos a contaros es verdad, todo ha salido de los libros, de los evangelios: lo poco que hemos añadido de fantasía...

El borracho se acerca al ángel y le arranca una pluma.

Borracho *(En voz muy baja, mimando que hace volar la pluma.)* Oh, qué pluma tan bonita, de colores...

Ángel ¡Borrachín!

Borracho Eh, pero yo... no...

Ángel Todo lo que vamos a contar es verdad, todo ha salido de los libros, de los evangelios... *(El borracho se vuelve a acercar al ángel y le arranca más plumas, y mimando admiración por ellas, se abanica y se pavonea. El ángel se da cuenta.)* ¡Borrachín!...

Borracho ¿Eh?... *(Lanzando las plumas al aire.)* Está nevando...

Ángel ¿Quieres salir de este palco?

Borracho Por mí saldría con mucho gusto si me acompañas, pues no puedo mover ni un pie... que me caigo, y me doy de

morros en el suelo... Si eres tan bueno de acompañarme, luego te cuento esta borrachera hermosísima...

Ángel No me interesa tu borrachera... ¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Que te echo a patadas!...

Borracho ¡Ah! ¿Me echas a patadas?

Ángel Sí, a patadas... ¡Fuera!...

Borracho ¡Gentes!... ¿Habéis oído? Un ángel que quiere echarme a patadas... ¡a mí! Un ángel... *(Al ángel, agresivo.)* Ven... ven, angelote... ¡ven a echarme a patadas, a mí! Te voy a arrancar las plumas como a una gallina... te arranco las plumas una a una, y también las del culo... por detrás... Ven, gallina... ¡Ven!

Ángel Socorro... No me toques... Socorro... Asesino... *(Huye.)*

Borracho ¿A mí, asesino?... ¿Habéis oído?... Me ha llamado asesino... A mí, que soy tan bueno que me sale la bondad por las orejas... que la voy derramando por el suelo, y casi resbalo... ¿Cómo no iba a ser bueno, con esta cogorza tan hermosa que tengo? Yo no me figuraba que iba a acabar así este día, que empezó de manera maldita, desgraciada...

Me habían invitado a una boda, un casamiento, en un sitio cerca de aquí, lo llaman Caná... Caná... que por eso, luego dicen: las bodas de Caná. Me habían invitado... digo... llevo... ya estaba la mesa dispuesta para el banquete, con toda la comida encima... y ningún invitado sentado para comer. Estaban todos de pie dando patadas al suelo... maldiciendo. Estaba el padre de la novia, delante de una pared, dándose cabezazos... ¡uno tras otro, qué malo!... «¿Qué ha pasado?», pregunto... «Oh, qué desgracia...» «¿Se ha escapado el novio?...» «El novio es el que más maldice.» «¿Pues qué ha pasado entonces?» «Oh, qué desgracia... hemos descubierto que un tonel entero de vino, una tinaja de vino preparado para el banquete de bodas, se ha vuelto vinagre.» «Oh... oh... ¿todo el vino vinagre?... Oh, qué desgracia... novia mojada novia afortunada, pero en vinagre mojada por siempre desgraciada... ¡como para salir huyendo!...» Y todos lloraban, maldecían, la madre de la novia se tiraba de los pelos, la novia lloraba, el padre de la novia se daba cabezazos contra la pared. Mientras tanto llega un joven, un tal Jesús, uno que le llaman... hijo de Dios, de mote. No venía so-

lo. no, le acompañaba su madre, que le dicen la Virgen. ¡¡Menuda mujer tan guapa!! Eran invitados de honor que llegaban con un poco de retraso. En cuanto esta señora Virgen se enteró del lío del vino que se había vuelto vinagre, se acercó a su Jesús, hijo de Dios y también de la Virgen, y le dijo: «Tú que eres tan bueno, querido hijo, que haces cosas maravillosas por los demás, mira si te agradaría sacar de este embrollo a esta pobre gente». En cuanto habló así la Virgen, todos, en seguida, vieron asomar, florecer en los labios de Jesús una sonrisa tan dulce, tan dulce en esos labios, que si no tenías cuidado, de la emoción se te soltaban las rótulas de las rodillas y caían rodando sobre los dedotes de los pies. ¡Tan dulce era esa sonrisa!... En cuanto ella dejó de hablar, el joven le dio un besito en la nariz a su mamá y dijo: «Bien, gente, ¿podéis traerme doce cántaros llenos de agua clara y limpia?». Fue como un relámpago, zas, doce cántaros aparecieron allí delante, llenos de agua, que yo, al ver tanta agua de golpe, me encontré fatal, me parecía que me estaba ahogando... ¡hostia!... Se hizo un silencio que parecía estar en la iglesia cuando el sanctus, y este Jesús se frotó un poco las manos, chasqueando los dedos, y luego levantó una mano, con tres dedos solamente, que los otros dos los tenía cerrados, y empezó a hacer unas señales encima del agua... unas señales que sólo hacen los hijos de Dios. Yo, que estaba un poco más lejos, y como he dicho antes el agua me impresiona sólo con mirarla, no miraba, estaba apoyado a un lado, muy triste, y de pronto noto en los agujeros de la nariz un perfume como a uva aplastada, no podías equivocarte... era vino. ¡Dios, qué vino! Me pasaron una jarra, apoyé los labios, tragué una gota, ¡hostia!... Oh... Oh... ¡beatos del purgatorio, qué vino!... Un poco abocado, algo amargo el fondo, un poco raspante, saladillo en medio, tinto de garantía, con unos resplandores, sin flores ni espuma, lo menos tres años de crianza, ¡cosecha de oro! Bajaba resbalando por el gaznate hasta burbujear en el estómago, se desparramaba un poquito, se quedaba ahí de remplazo, luego, ñoc, daba un golpe, volvía a subir dando tumbos por el gaznate, llegaba hasta los agujeros de la nariz, derramaba fuera todo su perfume... tanto que si pasaba un caballo al galope, ñuu... bl... «¡Es primavera!», gri-

taba. ¡Qué vino!... Y todos venga a aplaudir a Jesús, «¡Bravo, Jesús, eres divino!». ¡Y la Virgen!... la Virgen, la mamá de él, estaba en éxtasis de la satisfacción, del orgullo de tener un hijo tan habilidoso como para sacar vino del agua. Al rato estábamos todos borrachos. La madre de la novia bailaba, la novia estaba gozosa, el novio brincaba, el padre de la novia, delante de una pared, se daba cabezazos, qué malo... ¡nadie le había avisado!... Jesús se había subido a una mesa, de pie, y servía vino a todos. «¡Bebed, gente, disfrutad, emborrachaos, no esperéis a después, alegría!...»

Luego, de golpe, reparó en su madre: «¡Oh, sagrada mujer! ¡Oh, Virgen! ¡Mamá! Se me ha olvidado, perdonadme, tomad un sorbo también, bebed un sorbo». «No, hijo, gracias, te lo agradezco, pero no puedo beber, no tengo costumbre de beber vino, me mareo... y luego digo tonterías.»

«¡Que no, mamá, no te hará daño, sólo te dará un poco de alegría! No te puede sentar mal este vino, es un vino puro, un vino bueno... ¡lo he hecho yo!»

Y luego, todavía hay canallas, malditos, que van contando que el vino es un invento del diablo, que es pecado, que es un invento de Satanás... ¿Creéis que si el vino fuese un invento del diablo Satanás, Jesús se lo daría a su madre para que bebiera? ¡Si él siente más amor por ella, que yo por toda la grapa del mundo! Estoy seguro de que si el Dios Padre en persona, en lugar de enseñarle a Noé, mucho tiempo después, este truco maravilloso de aplastar la uva y sacar vino, se lo hubiese enseñado en seguida, desde el principio, a Adán, pero en seguida, antes de Eva... ¡no estaríamos en este mundo maldito, estaríamos en el paraíso, salud! Porque bastaba con que ese día maldito, cuando se acercó a Adán esa serpiente canalla con la manzana en la boca diciendo: «Come la manzana, Adán... ¡dulces, ricas, rojas, ricas las manzanas!», bastaba con que en ese momento Adán tuviese cerca una copita de vino..., y hala, la habría emprendido a patadas con todas las manzanas de la tierra, ¡y estaríamos todos a salvo en el paraíso! Ese fue el mísero pecado, que los frutos no fueron creados para comerlos, sino para pisarlos, aplastarlos: con manzanas aplastadas se hace una buena sidra, con cerezas aplastadas se hacen ricas grapas dul-

ces, y la uva... ¡es pecado mortal comerla!, ¡hay que hacer vino con ella! Y estoy seguro de que para los que han sido sabios y honestos en la vida, ¡en el cielo sólo habrá vino! ¿Es blasfemia? ¡No, yo no blasfemo! Yo me he visto en sueños, muerto. Una noche he soñado que estaba muerto, y he soñado que me venían a buscar, me llevaban a un sitio horroroso donde había muchos barreños muy hondos y dentro de cada barreño había un condenado, ¡pobrecillo! ¡Metido dentro, de pie, de un aguachirle rojo que parecía sangre, de pie! Y empecé a llorar. «¡Oh Dios... he ido a parar al infierno! ¡Maldito sea, que he pecado!» Y mientras lloraba, me arrancaban toda la ropa y empezaban a lavarme, a frotarme, a limpiarme de una forma tan limpia, con agua caliente, fría, que ni para Pascua he estado yo tan limpio. Cuando ya estaba bien limpio, me metieron en un aguachirle rojo, en un gran barreño... glu... glu... glu... en ese aguachirle rojo que me llegaba a los labios. Yo cerré los labios, pero me llegó encima una ola, y... troc... se me metió dentro... por los agujeros de la nariz... uff... me bajó un... trasiego grande... ¡estaba en el paraíso!... ¡Era vino! ¡Mi madre! Y en seguida comprendí qué invento maravilloso se le había ocurrido a Dios Padre para los bienaventurados, que estaban encantados allí dentro, y para que no se cansaran los pobres bienaventurados al levantar cada vez el codo con el vaso de vino y llenar, esperar a llenarlo de nuevo... los había sumergido a todos los bienaventurados hasta las orejas en copazas de vino, de pie, hasta la boca, y así bastaba con levantar sin esfuerzo el labio para decir: «¡Buenos días, señores!», y gluch... empecé a cantar: «Mi amorosa es la más golosa», glug... glug... Socorro, me ahogo... glug... ¡qué ahogamiento más bueno! Glug... glug... galo... ga.. ló... glam... glo... glo...

Este es un borracho (foto 12), o mejor, un juglar que interpreta el papel de un borracho. Es un fresco que puede fecharse hacia 1100, y se encuentra en una pequeña iglesia románica de la Provenza: es posible que represente la pieza que acabo de interpretar. Es un texto conocido en muchas lenguas y dialectos diferentes: se conoce una versión hasta en Baviera. Es un

testimonio de la importancia que tenían los espectáculos y la figura del juglar: como veis, llegaban a pintarlos hasta en los muros de las iglesias.



Ahora interpretaré un nuevo texto que sólo he hecho dos veces, ayer y anteayer. Pero siempre me emociono un poco al retomarlos, porque es de una dificultad extrema. Se trata del *Nacimiento del juglar*. Es una pieza ligada en su origen a Oriente, pero nosotros la conocemos en una versión de origen sici-

liano. Sicilia estaba vinculada a Oriente, no sólo por motivos económicos y comerciales, sino también por razones geográfico-políticas, y por lo tanto culturales. Sobre todo en ese periodo, 1200, cuando en Italia se empieza a encontrar algún documento de este texto. Pero existe otro, bastante antiguo, del que no se conoce con exactitud la fecha, y es de nuestra región, del norte, entre Brescia y Cremona. El texto que se encontró ni siquiera estaba entero, sino en fragmentos. Yo tenía intención de reconstruirlo, pero me ha faltado valor. He estado en Sicilia el año pasado y hemos encontrado en la biblioteca de Ragusa, gracias a un compañero que nos llevó, el texto entero en siciliano, algo extraordinario, de increíble violencia. Lo aprendí incluso en siciliano: pero es una lengua que nos sonaría arcaica, incomprensible. He hecho una traducción que comprenderéis sin duda mejor. ¿Qué cuenta esta juglaría? Vemos a un juglar que cuenta que antes de ser juglar era un villano, un campesino y que fue Cristo quien lo convirtió en juglar. ¿Cómo es que le impuso ese nuevo oficio? El poseía un poco de tierra, pero un señor quería quitársela. Pero no voy a añadir más, porque me he dado cuenta de que todo lo que digo de más es inútil, lo comprenderéis todo solos. No os preocupéis si al principio no entendéis algunas frases, algunas palabras: el sentido, los gestos, el sonido os ayudarán. A través de los gestos y los sonidos podréis adivinar el significado que recorre esta historia.

NACIMIENTO DEL JUGLAR

-¡Oh, gentes, acudid, que aquí está el juglar! Juglar soy yo, que salta y piruetea y os hace reír, que se burla de los poderosos y os muestra qué orondos y engreídos son los globos que hacen guerras donde los degollados somos nosotros, y os los espachurro, les quito el tapón y... pffss... se deshinchán. Acudid, que es la hora y el lugar de que yo haga el payaso, y os enseñe. ¡Doy un saltito, canto un poquito, hago jueguitos! ¡Mira cómo muevo la lengua! Parece un cuchillo, trata de recordarlo. Pero no he sido siempre... y eso quiero contaros, cómo he nacido. No he nacido juglar, no vine al mundo con un soplo del cielo, y, ¡hop!, aquí estoy: «¡Buenos días, buenas noches!». ¡No! ¡Soy el fruto de un milagro! ¡Un milagro que han hecho conmigo! ¿Queréis creerme? ¡Es así! Yo nací villano. Villano, un verdadero campesino. ¡Estaba triste, alegre, no tenía tierra, no! Tenía que trabajar, como todos en estos valles, en todas partes. Y un día me acerqué a un monte, pero de piedra. No era de nadie: me enteré. Pregunté: «¡No! ¡Nadie quiere ese monte!». Entonces subí hasta la cima y escarbé con las uñas y vi que había un poco de tierra, y vi que bajaba un hilo de agua, y entonces empecé a escarbar. Fui a la orilla del río, me partí los brazos, acarreeé tierra al monte, estaban mis niños, mi mujer. Mi mujer es dulce, es blanca, tiene dos pechos redondos, y el caminar suave, parece una becerra cuando se mueve. ¡Oh, es tan hermosa! La quiero mucho y quiero hablar de ella. Subí la tierra con los brazos y la hierba crecía, haciendo: pff... y brotaba de todo. ¡Qué bonito, era tierra de oro! Hincaba el azadón y... pff... nacía un árbol. ¡Qué maravilla de tierra! ¡Era un milagro! Había chopos, robles y árboles por todas partes. Sembraba con la luna propicia, yo entendía, y crecían cosas de comer, dulces, hermosas, ricas. Había achicoria, cardos, judías,

nabos, de todo. ¡Para mí, para nosotros! ¡Qué contento estaba! Bailábamos, y además siempre llovía días y días, y el sol quemaba y yo iba, venía, las lunas eran propicias y nunca había ni demasiado viento ni demasiada niebla. ¡Era hermoso, tan hermoso! Era nuestra tierra. Hermoso era el bancal. Cada día hacía uno, parecía la torre de Babel, tan bonita con tantas terrazas. ¡Era el paraíso, el paraíso terrenal! Lo juro. Y todos los labriegos al pasar decían:

-Qué ventura la tuya, caray, mira: ¡lo que has sacado de un pedregal! ¡Pobre de mí que no se me ha ocurrido!

Y tenían envidia. Un día pasó el señor de todo el valle, miró y dijo:

-¿De dónde ha salido esta torre? ¿De quién es esta tierra?

—~~Mí~~ -le dije-, la he hecho yo con estas manos, no era de nadie.

—¿Nadie? ¡Esa palabra no existe, nadie, es mía!

-¡No! ¡No es tuya! He ido al notario, no era de nadie. Le he preguntado al cura, no era de nadie y la he hecho yo, pedazo a pedazo.

-Es mía, y me la tienes que dar.

-No te la puedo dar, amo..., no puedo trabajar para otros.

-¡Te la pago! Te doy dinero, dime cuánto quieres.

-¡No! No, no quiero dinero, porque si me lo das, luego no puedo comprar otra tierra con el dinero que me das y tengo que volver a trabajar para otros. ¡No quiero, no quiero!

-¡Dámela!

-¡No!

Entonces él soltó una carcajada y se marchó. Al día siguiente vino el cura a preguntar.

-Es del amo... pórtate bien, déjalo, no seas caprichoso, mira que es hombre terrible, es malo, deja esta tierra. *¡In Deo Domino*, pórtate bien!

-¡No! ¡No! -le dije-, no quiero -y además le hice un gesto muy feo con la mano.

Vino el notario, él también acudió, sudaba al subir a verme.

-Pórtate bien, es la ley, ten cuidado, no puedes, tú no...

-¡No! ¡No! -y a él también le hice un gesto muy feo con la mano, y se marchó, maldiciendo. ¡El amo no cejó, no! Empezó

a salir de caza, y espantaba a todas las liebres hacia mi tierra. Se paseaba arriba y abajo con los caballos y sus amigos, aplastándome los sotos. Y un día me lo quemó todo... Era verano... estaba todo seco. Prendió fuego a todo el monte y me quemó todo, hasta los animales se quemaron, la casa quemada, ¡pero no me fui! Esperé... empezó a llover por la noche, y después yo empecé a limpiar, volví a clavar palos, a colocar piedras, a traer tierra, a abrir paso al agua por todas partes, ¡porque de ahí, hostia, no me quiero mover! ¡Y no me moví! Sólo que un día llegó él, con todos sus soldados, y se reía, estábamos en los campos con los niños, mi mujer y yo, trabajando. Él llegó, se bajó del caballo, se quitó los calzones, se acercó a mi mujer, la agarró, la tiró al suelo, le arrancó las faldas... Yo quería moverme, pero los soldados me sujetaban, él se abalanzó sobre ella, lo hizo como si ella fuera una vaca. Yo y los niños con los ojos como platos, mirando, y yo me movía, de un tirón me solté, agarré un azadón y dije:- ¡Canallas!

—Quieto —me dijo mi mujer—, no lo hagas, es lo que están esperando, esperan justo que levantes tu bastón, para matarte. ¿No lo entiendes? Quieren matarte y quitarte la tierra, lo están esperando, él tiene que defenderse, no sirve de nada ponerse en su contra, tú no tienes honor, eres pobre, eres un campesino, un villano, no puedes pensar en honor y dignidad, esas son cosas de señores, de nobles. Ellos se enfadan si les tocan a la hija, o a la mujer, ¡pero tú no! Déjalos. Vale más la tierra que el honor tuyo, mío, más que nada. Una vaca soy, vaca por tu amor.

Y yo lloraba... lloraba por el trance, lo miraba todo y a los niños que lloraban. Y ellos, con el amo, se marcharon de pronto, riendo contentos, satisfechos. ¡Nuestro llanto era tremendo! No podíamos mirarnos a la cara. Si íbamos al pueblo, nos tiraban piedras. Gritaban:

-¡Eh, buey!, no tienes la fuerza de defender tu honor porque no tienes, eres un animal, a tu mujer la ha montado el amo y tú te has quedado tan tranquilo por un pedazo de tierra, ¡desgraciado!

Y mi mujer pasaba:

-¡Puta, vaca! -le decían, y huían. Ni a la iglesia la dejaban entrar. ¡Nadie!

Los niños no podían ir a ningún sitio, todos estaban allí, y ya nadie nos miraba a la cara. ¡Mi mujer huyó! No he vuelto a verla, no sé a dónde ha ido. Los niños no me miran: enfermaron, ni siquiera lloraban. ¡Se murieron! Yo me quedé solo. ¡Solo con mi tierra! No sabía qué hacer. Una noche agarré un pedazo de sogá y me lo puse al cuello, diciendo:

-¡Bien, ahora me dejo caer!

Voy a dejarme caer, ahorcado, cuando siento que una mano me toca el hombro, me vuelvo, y veo a un tipo de cara pálida, de ojos grandes que me dice:

-¿Me das de beber?

-¿Te parece momento para venir a pedir agua cuando me estoy ahorcando?

Le miro, y tenía cara de pobre hombre él también, luego vuelvo a mirar, y veo que hay otros dos, también ellos con caras desmejoradas.

-Vale, os daré de beber y luego me ahorco.

Voy a buscar agua, los miro bien:

—~~Más~~ que beber, lo que necesitáis es comer. Pero llevo tantos días sin hacer la comida... Aunque puedo hacerla, si queréis.

Saqué una sartén y calenté en el fuego unas habas y se las di, un cuenco a cada uno, ¡y comían, comían! Yo no tenía ganas de comer... «Espero a que coman y luego me ahorco.» Y mientras comía, el de los ojos más grandes, que parecía de verdad un pobrecillo, sonreía y decía:

-¡Mal asunto este de querer ahorcarte! Sé bien por qué quieres hacerlo. Lo has perdido todo, mujer, hijos y sólo te queda la tierra, bien, lo sé bien. Yo de ti no lo haría.

¡Y comía, comía! Al final lo dejó todo en la mesa y dijo:

-¿Sabes quién soy?

—No, pero me han entrado dudas de que seas Jesucristo.

-¡Bien! Lo has adivinado. Este es Pedro, y el otro Marcos.

-Mucho gusto. ¿Y qué hacéis por aquí?

-Tú me has dado de comer y yo te doy de hablar.

-¿De hablar? ¿Y eso qué es?

—¡Desgraciado! Es justo que te hayas quedado la tierra, es justo que no quieras amos, es justo que hayas tenido la fuerza

de no ceder, es justo... ¡Te quiero, eres fuerte! Pero te falta algo que es justo que tengas: aquí y aquí (*indica la frente y la boca*). No te quedes aquí pegado a esta tierra, sal y a los que te tiran piedras diles, hazles comprender, y arréglatelas para que esa vejiga hinchada que es el amo la puedas pinchar con la lengua, para que salga el suero y el agua podrida. Tienes que aplastar a estos amos y curas y todos los que les rodean: notarios, abogados, etc. No por tu bien, ni por tu tierra, sino por aquellos como tú que no tienen tierra, no poseen nada y sólo pueden sufrir y no tienen dignidad que reclamar. ¡Enséñales a vivir con el cerebro y no con los pies!

-¿Es que no comprendes? Yo no valgo para eso, tengo una lengua que no se mueve en la boca, me atasco a cada palabra, no tengo doctrina y mi cerebro es débil y flojo. ¿Cómo voy a hacer esas cosas que dices, y andar por ahí hablando a los demás?

-No te preocupes, ahora viene el milagro.

Me agarró de la cabeza, me acercó a él y me dijo:

-Jesucristo soy, que vengo a ti para darte la palabra. Y esta lengua pinchará y reventará como una lama todas las vejigas, y se lanzará contra los amos para aplastarlos, para que los demás comprendan, para que los demás aprendan, para que los demás puedan reírse de ellos. Que sólo con la risa se deja coger el amo, y si se ríen de los amos, el amo de montaña que es se vuelve colina, y después ya nada. ¡Toma! Voy a darte un beso que te hará hablar.

Me besó en la boca, mucho rato me besó. Y de pronto sentí que mi lengua brincaba, y mi cerebro rebullía y mis piernas se movían solas, y me planté en la plaza del pueblo, gritando:

-¡Acudid, gentes! ¡Acercaos! ¡Aquí está el juglar! Os enseñaré a hacer sátira, a burlaros del amo, que es una vejiga grande y con mi lengua la voy a pinchar. ¡Y os lo contaré todo, cómo viene y cómo va, y que no es Dios el que roba! Es robo impune y las leyes son suyas... hablar, hablar. ¡Eh, gentes! ¡Vamos a aplastar al amo! ¡Aplastar! ¡Hay que aplastarle!...



13. «El nacimiento del villano»
(de un manuscrito del siglo XIV).

Se trata de una imagen sacada de una miniatura. Es la representación de una pieza de un famoso juglar: Matazone da Caligano. «Matazone» es un apodo que quiere decir «mattachione», bromista, guasón; Caligano, Carignano, es un pueblo cerca de Pavía. El lenguaje, un dialecto del que entonces era territorio de Pavía, es muy claro para los que somos de la Lombardía, y, a decir verdad, he probado a interpretarlo también en Sicilia, y lo entendían todo. Mirad: ahí arriba hay un ángel, aquí el amo, el señor, el señor de las tierras, aquí está el campesino, o mejor el villano.

¿Qué ocurre en esta representación? Es el momento de la entrega, al amo, del primer villano creado por el todopoderoso.

La juglaría cuenta que el hombre, harto de trabajar la tierra, después de siete generaciones, va a ver al altísimo y le dice: «Oye, ya no aguento tanto esfuerzo, tienes que aliviarme el trabajo. ¡Me prometiste que lo ibas a arreglar de alguna manera!». «¿Cómo que no lo he arreglado?», dice el altísimo, «te he dado el burro, el mulo, el caballo, el buey...». «Sí, pero sigo teniendo que empujar detrás del arado», dice el hombre, «sigo teniendo que ir a limpiar el establo, sigo teniendo que ha-

cer las faenas más bajas, como echar estiércol en los campos, ordeñar, matar al cerdo... Me gustaría que crearas a alguien que me ayudase en todo y para todo, o mejor, que me sustituyera, ¡y por fin yo podría descansar!». «¡Ah, tú lo que quieres es un villano!» «¿Y ese quién es?» «Justamente lo que tú querías... Por otro lado, no puedes conocerle, porque aún no lo he creado. Ven, vamos a crearlo ahora...» Y van a ver a Adán. En cuanto Adán ve llegar al todopoderoso junto con un hombre, ¡zas!, se rodea con los brazos el tórax y grita: «¡No, se acabó, no pienso soltar ni una costilla más!». «Bueno, tú también tienes razón», dice el altísimo, «¿pero qué puedo hacer?» En ese momento pasa un burro, y al altísimo se le ocurre una idea: hace un gesto con los dedos, y el burro se hincha. Está embrazado.

A partir de este momento voy a seguir el texto original. Es Matazone da Caligano quien habla. Existe un texto impreso bajo una forma algo diferente de esta, que ha sido reconstruida juntando varios fragmentos, para dar al texto mayor continuidad y lógica.

EL NACIMIENTO DEL VILLANO

Se cuenta en un libro ya olvidado que pasadas siete veces siete generaciones desde el día aciago de la expulsión del paraíso, el hombre, harto, desesperado por el mucho esfuerzo que tenía que hacer para sobrevivir, se presentó ante Dios en persona, y empezó a llorar y a implorarle que le enviase a alguien para ayudarle a trabajar la tierra, porque él solo ya no podía más.

«¿Pero acaso no tienes burros y bueyes para hacerlo?», le contestó Dios.

«Tienes razón, Señor Padre Nuestro... pero encima del arado tenemos que estar nosotros los hombres empujando como condenados, y los burros no saben podar las viñas ni consiguen aprender a ordeñar las vacas, por mucho que les enseñe. Así que antes de tiempo nos volvemos viejos por el cansancio y nuestras mujeres se marchitan, y a los veinte años ya se han ajado.»

Dios, que es tan bueno, al oír estas cosas fue presa de compasión y dijo con un suspiro: «Bien, veré de crear de la noche a la mañana una criatura que pueda bajar a descargaros de vuestra pena».

Luego corrió a ver a Adán: «Oye, Adán, hazme un favor, levántate la camisa que tengo que sacarte una costilla que me hace falta para un experimento».

Pero Adán al oír esta novedad rompió a llorar: «Señor, piedad, que ya me sacaste una costilla para que naciera mi esposa, Eva la traidora... Si ahora me quitas otra costilla no tendré bastantes para enjaularme el estómago, y se me saldrán todas las visceras como a un capón degollado».

«Tú también tienes razón», masculló el Señor rascándose la cabeza, «¿qué debo hacer?».

En ese momento pasaba por allí un burro y al Señor le inspiró una idea: ¡porque, para eso, es un volcán! Hizo un gesto hacia el burro, que de pronto se hinchó. Pasaron nueve meses, la barriga del animal parecía a punto de estallar... se oye un estrépito, el asno se tira un pedo tremendo y con él sale de un bote el villano apestoso.

«¡Oh, qué hermosa natividad!»

«Tú calla.» Entonces llega una tormenta diluvio y cae agua a cántaros sobre el hijo del burro y luego granizo y tempestad y relámpagos, y todos sobre el corpachón del villano, para que tome conciencia en seguida de la vida que le espera.

Cuando ya está bien limpio, baja el ángel del Señor, llama al hombre y le dice:

«Por orden del Señor, desde este momento serás amo y mayor, y él, villano y menor.

Queda establecido y escrito

que este villano tenga por victo

pan de salvado con cebolla cruda,

judías y habas, esputo y lechuga.

Que deba dormir en un jergón

y de su estado se haga razón.

Y puesto que nació desnudo

dale un trozo de paño crudo

de los que usas para guardar boquerones

para que se haga un buen par de calzones.

Calzones partidos en medio y sin cerrar

para que no pierda tiempo en mear.»

¡Parecen los amos de ahora! Cuando recorremos Italia, solemos encontrarnos con la verdadera realidad. Por ejemplo, llegamos a Verona, y en el teatro había unas chicas con carteles que habían colgado también de las paredes, estaban en huelga. Estaban en huelga porque el jefe les había prohibido que fueran al servicio. O sea, que una tenía ganas... «Perdone, ¿puedo?» «¡No... y no!» Tenían que ir todas al servicio a las 11.25: driiin, y pis. Y quien no tuviera ganas, basta, al siguiente turno. Estaban en huelga para lograr el privilegio de hacer pis

cuando tuvieran ganas. No sé cómo acabó la cuestión. Pero el máximo de lo grotesco sigue siendo lo ocurrido en la Ducati de Bolonia, una fábrica muy grande, muy importante, de nivel internacional. ¿Qué ocurrió? Los propietarios, allí no hay «el amo», sino los amos, decidieron recortar el tiempo concedido para ir al servicio. ¡Algunos se quedaban siete minutos, otros cuatro, no, basta, se acabó! Discutieron también con los sindicatos, fue una lucha tremenda, y por fin decidieron. Un auténtico mazazo: «Dos minutos con treinta y cinco segundos son más que suficientes para que cada uno haga sus necesidades... en total». Ahora, dicho así, parece normal, luego uno piensa: «Bueno, habrán hecho estudios, habrán consultado a técnicos...». Pues os lo aseguro, creedme, ¡es un récord! Dos minutos y treinta y cinco segundos: ¡un récord! Y la prueba es que los obreros no van así como así... ¡se entrenan en casa! Si no pensáis que es un récord, probadlo en persona, tomad unos libros interesantes, esperad un buen día, coged algún disco hawaiano, os lo aconsejo: ¡uauayuaum! Ayuda mucho. Pues bien, ya lo veréis, ¡es imposible! Es imposible, sobre todo cuando te entra la psicosis del tic... tic... tic. Sí, porque en cada servicio de la Ducati hay un reloj. En cuanto uno entra, en seguida tic... tic... tic... Lo tremendo, lo grotesco de la situación es que uno piensa: «¿Cómo se marca el tiempo? ¿Cuándo sonará?». Y se imagina naturalmente que el obrero entra en el servicio y (*mima la entrada*) to... ta... tata... toma aliento, profundamente, aaah... como cuando te tiras al agua helada y luego... (*mima*) tic... tic tic tic (*silbido*) uyuy... ñi... ¡No! ni por casualidad: porque, es lógico, si salta el aparato, quiere decir que hay un pulsador debajo de la tapa, ¿no?, y entonces, si uno se apoya en la tapa aplastará el pulsador y hará que salte el temporizador. Pero el amo sabe que el obrero es listo, espabilado, sabe que jamás se apoyará en la tapa, sino que se quedará de puntillas... ¡sin tocar!... aguanta horas sin tocar. «De eso nada, te vas a enterar.» El resorte no estará bajo la tapa, ¡sino en el picaporte! Y en cuanto el obrero toque el picaporte, ¡salta el mecanismo eléctrico!, tic... tic... tic... «malditos tirantes que no... qué faena... el papel...» (*silbido, luego, dirigiéndose a la taza*): «Perdone la molestia». Ahí está el problema del entrenamien-

to: hay que llegar suelto de movimientos, lo más libre posible... Así que, en primer lugar: fuera pantalones. Los pantalones ya doblados, al hombro... incluso quedan bien... parece una esclavina, ¿no?, la camisa, tipo guayabera (*lo mima todo*), para no liarnos, y sobre todo no hay que decir: «Uy Dios mío...» (*trata de taparse por delante*). Hay que pasar, sin problemas de tonto pudor.

Un gran estudioso alemán, Otto Weininger, ha realizado estudios extraordinarios sobre este problema: pues bien, han descubierto que es precisamente la actitud pudorosa la que provoca en los demás el conocimiento de que uno está desnudo. Es lógico, uno va por ahí así (*mima que se cubre los genitales y el trasero*), y en seguida le señalan con el dedo: «Eh... ¡¡está desnudo!! ¡Mamá, mira, ese está desnudo!». Pero si uno se libera de ese pudor estúpido y está tan tranquilo, ¡a quién le importa! Desnudo, guapo, tranquilo, bien erguido... la gente dice: «¡Oh, mira, un conde!».

Así que el obrero tiene que convertirse en conde cuando va al servicio; y tiene que aprender también, además de los ritmos del destajo, el del servicio. Son muy diferentes, pero fundamentales (*mima dando saltitos al obrero que entra en el servicio y se sienta*) un... dos... tres... ¡Una danza!

Pero volvamos a la historia del villano y oigamos qué le aconseja el ángel al amo del villano en el momento en que se lo entrega.

En muestra de su linaje gentil
échale al hombro azada y badil.
Mándale ir siempre descalzo
que nadie tendrá rechazo.
En enero ponle una horquilla a la espalda
y mándalo a limpiar la cuadra.
En febrero haz que sude en los campos partiendo
terrones
mas no tengas pena si tiene dolores,
si se llena de llagas y callos,
más ventaja tendrá tu caballo
libre así de moscas y tábanos
que irán todos en busca del villano.
Aplica una gabela a todo lo que haga,
aplica una gabela incluso cuando caga.
En carnaval déjale bailar,
y también cantar para más disfrutar,
pero poco, pues no vaya a olvidar
que a este mundo se viene a trabajar.
También en marzo que vaya descalzo.
Mándale podar la viña,
que de paso coja la tiña.
Ya en el mes de abril
que se quede en el redil
con el rebaño a dormir
pero que duerma despierto,
que el lobo está hambriento.
Si el hambriento lobo quiere llevarse ovejas
que coja al villano, porque tú le dejas.
Mándale a segar hierba
en mayo con las flores
pero que no se pierda
detrás de las jóvenes.
Jóvenes lozanas y sanas
aunque sean villanas,
haz que bailen en cama
contigo todo el mes.
Y si con una ya no retozas,

dásela al villano como esposa,
esposa ya preñada
para que él no haga nada.
En junio a por cerezas al villano mandarás,
al árbol de ciruelas, melocotones y ananás,
pero antes, para que no se coma los frutos mejores,
dale salvado para que en las tripas sienta dolores.
En julio y en agosto,
con el calor en el rostro,
para que no pase sed
dale vinagre a beber
y, si blasfema muy enfadado,
no te ocupes de sus pecados:
que el villano, sea bueno o malvado,
siempre al infierno estará destinado.
Septiembre es el mes,
para que tranquilo esté,
mándale a vendimiar
pero antes tendrá que pisar
no se vaya a emborrachar.
En octubre, mándale matar al gorrino
y como premio déjale los intestinos,
pero no todos, pues pueden servir
para salchichas embutir.
Al villano déjale las morcillas
que son malas y dañan las tripas.
Los buenos jamones serranos
déjales a los villanos,
para que los puedan salar,
y luego los deben llevar
a tu casa, para festejar.
En noviembre y en diciembre,
para que el frío no le atormente,
para que se pueda calentar
mándale a caminar,
mándale a cortar leña
y haz que luego vuelva
a menudo muy cargado

y no cogerá un resfriado,
y cuando se acerque al fuego
le mandarás otra faena,
fuera del portón,
porque el fuego adocena.
Si fuera llueven chuzos,
dile que vaya a misa,
en la iglesia se cobija
y también podrá rezar,
rezar por pasatiempo,
y sin aprovechamiento,
nunca tendrá salvación,
pues alma nunca tendrá
y Dios no le va a escuchar.
¿Cómo va a tener alma este villano
si con un pedo salió de un asno?

Quiero detenerme brevemente en un detalle: el tema del alma. Dice Matazone: «Tú, villano, no puedes tener alma porque has sido parido por un burro». Bien, es casi un consejo de que acepte esa condición, de que no acepte el alma: porque el alma es el pretexto para el mayor chantaje que se pueda hacer. Es lo que sostiene Bonvesin de la Riva en el *Rispetto tra l'anima e il carpo*: «Da gracias a Dios, alma, por no tener trasero, porque te lo rompería a patadas: eres mi plomo, no puedo volar porque tu peso me abruma». ¿Por qué este rechazo al alma? Porque es el mayor chantaje que el amo pueda utilizar contra nosotros. En un momento de desesperación, uno puede llegar a decir: «Me da igual, hay que tener dignidad, le voy a asestar un navajazo a este cabrón de amo». Y entonces el amo, o el amo a través del cura: «¡No! ¡Quieto! ¿Quieres buscarte la ruina? Has sufrido toda tu vida, y ahora que tienes la posibilidad, pronto estirarás la pata, de ir al paraíso, porque Jesucristo te lo ha dicho, eres el último de los hombres y verás el reino de los cielos... ¿ahora quieres estropearlo todo? ¡Cálmate, tranquilo, no te rebeles!... y espera a después. ¡Yo sí, por Dios, yo sí que lo tengo mal! ¡Soy el amo, maldita sea! ¿Y qué me ha dicho Je-

sucrismo? "No entrarás jamás en el reino de los cielos, eres como el camello, que no pasará jamás por el ojo de la aguja..." ¿Comprendes la faena? No tengo más remedio que montarme aquí un pequeño paraíso. Por eso me esfuerzo en tenerte sometido, en aplastarte y explotarte: ¡te arranco hasta el alma, pues claro! Quiero mi pequeño paraíso, pequeño pero mío, en seguida, en el tiempo que pase en este mundo. Menuda suerte la tuya, que tendrás el paraíso todo entero... ¡Después, es cierto, pero para toda la eternidad!».



Pasemos ahora al milagro de Lázaro.

Este texto es un «caballo de batalla» para virtuosos, porque el juglar tiene que interpretar quince o dieciséis personajes seguidos, marcando las transiciones sólo con el cuerpo: ni siquiera cambiando la voz, únicamente con las actitudes. Se trata pues de uno de esos textos que obliga al intérprete a improvisar un poco, dejándose guiar por el ritmo de las risas, por los tiempos y los silencios del público. Es, en la práctica, un guión sobre el que tendré que improvisar cada vez. El tema dominante del texto es la sátira de todo lo que constituye el «mo-

mentó místico», a través de la exposición de lo que el pueblo suele llamar «milagro». La sátira apunta contra la exhibición de la milagrería, de la magia, de la brujería, que es una constante de muchas religiones, incluyendo la católica: es decir, el hecho de exhibir el milagro como un evento sobrenatural, con el fin de señalar que, sin duda, ha sido Dios quien lo ha realizado: mientras que, en el origen del milagro, predomina el significado de amor y de apego de la divinidad por el pueblo, el hombre.

Aquí se cuenta el milagro desde el punto de vista del pueblo: todo está visto y relatado en función de un espectáculo realizado por un gran prestidigitador, un mago, que consigue hacer cosas extraordinarias y muy divertidas. Ninguna alusión a lo que se pretende que está detrás.

En una sinopia del cementerio de Pisa se representa la resurrección de Lázaro. (Sinopia es el esbozo que precede a un fresco: una vez arrancado el fresco para restaurarlo, ha salido a la luz el esbozo, bien conservado.) Lázaro ni siquiera aparece: toda la atención se centra, como en el teatro, en un gentío de personajes atónitos, que expresan con el gesto su asombro ante el milagro. Un elemento grotesco, como grotesca es la representación, casi como si teatro y representación figurativa fueran al paso: hay incluso un personaje que introduce los dedos en la bolsa de un espectador que está a su lado. Aprovecha el asombro, el estupor, el milagro, para desplumarle.

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

-¡Perdone! ¿Es este el cementerio, el camposanto, donde van a hacer la resurrección de Lázaro?

-Sí, este es.

—Ah, bien.

-Un momento, diez monedas para entrar.

-¿Diez monedas?

-Te lo dejo en dos.

-¿Dos monedas? Córcholis, ¿y por qué?

-Porque soy el guarda del cementerio y vosotros entráis y me lo pisáis todo, me estropeáis los setos y me chafáis el césped, y me tenéis que recompensar por todos los engorros y daños que me hacéis. Dos monedas o no ves el milagro.

-¡Bien! ¡Qué espabilado, eh!

—Dos monedas vosotros también, me da igual que traigáis niños, me da igual, ellos también miran. Sí, vale: media moneda. Bájate del muro, desgraciado. ¡Quiere ver el milagro gratis, el muy listo! Hay que pagar, ¿no? Dos monedas... no, no has pagado. Dos monedas, también vosotros, dos monedas para entrar.

-¡Vaya listo, ese! Saca dinero de los milagros. Ahora a ver dónde está el Lázaro ese... ¡Pondrá el nombre en la tumba! La otra vez vine a ver el milagro de otro, me pasé medio día esperando y luego el milagro fue allí al fondo. Me quedé aquí como un pasmarote, mirando. Pero esta vez, como me sé el nombre, me he enterado, encuentro el nombre en la tumba, ¡y soy el primero! ¿Lázaro?... (*mientras busca*) me pongo... ¿Lázaro? me pongo delante de la tumba, y quiero verlo todo desde el principio. ¡Mira! ¿Lázaro? Y aunque encuentre la tumba donde pone Lázaro, ¡si no sé leer...! ¡Bueno, lo adivinaré! Me quede aquí. Me salió mal la otra vez, espero que ahora salga bien.

¿Quién se acerca? ¡No, no empecemos con los empujones! ¡Yo he llegado antes, y quiero estar delante! ¡No me importa que seas bajito! Los bajitos madrugan para coger sitio. ¡Qué listo, eh! ¡Es bajito y se pone delante! ¿Qué quieres, que nos pongamos en escalera? ¡Los bajitos delante, y los grandullones detrás! ¡Y además, el bajito llega tarde, y como si hubiese llegado antes! ¡No me empujes, que me tiras a la tumba! ¡Rediez! No me importa, echaos atrás. ¿Eh? ¡Ah! ¡Ahora resulta que las mujeres también empujan!

-¿No llega? ¿No es la hora del milagro?

-¿No hay nadie que conozca al tal Jesucristo, y pueda ir a avisarle de que ya hemos llegado? No se puede esperar siempre para los milagros, ¿verdad?

-Que pongan un horario y lo respeten, ¿no?

-¡Sillas! ¿Quién quiere sillas? ¡Mujeres! ¡Coged una silla! ¡Dos monedas una silla! ¡Coged una silla para sentaros, mujeres! ¡Que cuando sea el milagro y el santo haga salir a Lázaro de pie, hablando, cantando, moviéndose, os va a dar tal susto cuando le brillen los ojos, que os vais a caer de culo y os vais a golpear la cabeza en una piedra y os quedaréis tías! ¡Muertas! Y el santo sólo hace un milagro al día. ¡Coged una silla! ¡Dos monedas!

—¡Hay que ver, sólo piensa en ganar dinero, eh!

-Entonces, ¿no va a ir nadie a...?

-¡No empujes! ¡No me interesa!

-¡No os subáis a las sillas! ¡Mira el listo! ¿Habéis visto? ¡El bajito se sube a las sillas!

-No te apoyes, que ahí delante está la tumba y...

-¿Llega? ¡No llega!

-¡Sardinas! ¡A las ricas sardinas! ¡Dos monedas las sardinas! ¡Dulces! ¡Tostadas! ¡Qué ricas! ¡Qué ricas las sardinas! ¡Para resucitar a un muerto! ¡Dos monedas!

-(*Llama.*) Eh, tú, el de las sardinas... ¡dale un cucurucho a Lázaro para que vaya sentando el estómago!

-¡Calla, blasfemo!

-¡Callaos!

-¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Está aquí!

-¿Quién es? ¿Cuál es?

-Jesús!
-¿Cuál es?
-¿El moreno? ¡Uy, qué ojos de malo!
-¡No, ese es Marcos!
-¿El de detrás?
-¿Cuál es? ¿El alto?
-No, el pequeño.
-¿Ese muchacho?
-El de la barbita.
-Uy, pero si parece un chiquillo, rediez!
-¡Mira! ¡Detrás vienen todos!
-¡Ahí va, si es el Juan! Le conozco, al Juan. *(Llamando.)*
Juan! Jesús! ¡Qué majo es Jesús!
-¡Anda, mira! ¡Si está también la Virgen! ¡Está toda la parentela! Será que siempre sale con toda esta gente... ¡Hala!
-¡No le dejan que salga solo, porque está un poco loco!
-*(Llamando.)* Jesús! ¡Majo! ¡Me ha guiñado un ojo!
-Jesús! Jesús, haz el milagro de los panes y los peces como la otra vez, que estaban tan ricos!
-¡Calla! ¡Blasfemo, cállate!
—¡Silencio! De rodillas, ha hecho una seña de que nos arrodillemos, hay que rezar.
-¿Dónde está la tumba?
-Eh... es esa.
-¡Oh, mira! Ha dicho que levanten la lápida.
-¡Calla!
-¡De rodillas, de rodillas, vamos, todos de rodillas!
-¡Yo no! Yo no me arrodillo, porque no me lo creo. ¿Qué pasa?
-¡Calla!
-Déjame ver.
-¡No! Bájate, bájate de la silla.
-¡No! ¡Deja que me suba, que quiero ver!
-¡Rediez! ¡Mira! ¡Han levantado la losa, está el muerto, está dentro rediez, es el Lázaro que apesta! ¿Qué es este tufo?
-¡Hala!
-¿Qué pasa?
-¡Calla!

-¡Dejadme ver!

-¡Está lleno de gusanos, de moscardones! ¡Puah! ¡Lo menos lleva muerto un mes, se ha podrido! ¡Uy, qué faena le han hecho! ¡Menuda broma! ¡Esta vez no lo consigue, el pobre!

—¡Seguro que no lo consigue, no le sale! ¡Imposible que consiga sacarlo! ¡Se ha podrido! ¡Menuda burla! ¡Qué desgraciados! ¡Le han dicho que llevaba muerto tres días! ¡Y lo menos lleva un mes! ¡Vaya papelón, pobre Jesús!

-¡Yo digo que lo consigue igual! ¡Este santo hace el milagro aunque lleve podrido un mes!

-¡Pues yo digo que no le sale!

—¿Qué te apuestas?

-¡Venga, apostemos!

-¡Sí! ¡Dos monedas! ¡Tres monedas! ¡Diez monedas! ¡Lo que quieras apostar!

-¿Las guardo yo? ¿Te fías? ¡Se fía! ¿Nos fiamos todos? ¡De acuerdo, yo guardo el dinero!

—¡Callaos, eh, prestad atención! ¡Todos de rodillas, silencio!

-¿Qué hace?

-Reza.

-¡Que te calles!

-¡Eh! ¡Levántate, Lázaro!

-¡Oh! Se lo puede decir incluso cantando, que sólo los gusanos de los que está lleno le van a salir... ¿Levantarse?...

-¡Calla! ¡Se ha puesto de rodillas!

-¿Quién? ¿Jesús?

-¡No, Lázaro! ¡Rediez, mira!

-¡Anda ya, imposible!

-¡Déjame ver!

-¡Oh, mira! ¡Ya va, ya va, está de pie, va, va, se cae! ¡Va, sube, está de pie!...

-¡Milagro! ¡Oh! Qué prodigio. ¡Oh Jesús, qué criatura tan dulce eres, y yo que no creía!

-¡Bravo, Jesús!

-He ganado la apuesta, trae. ¡Eh! ¡No te pases de listo!

-Jesús, fenómeno!

-¡Mi bolsa! ¡Me la han robado! ¡Al ladrón!

-¡Bravo, Jesús!

-¡Al ladrón!

-Jesús, bravo! Jesús! ¡Bravo!... ¡Al ladrón!

Y llegamos a Bonifacio VIII, el papa de la época de Dante. Dante lo conocía bien: lo odiaba tanto, que lo metió en el infierno antes incluso de que muriera. Otro que lo odiaba, aunque de manera diferente, era el fraile franciscano Jacopone da Todi, un pauperista evangélico, un extremista, diríamos ahora. Estaba vinculado a todo el movimiento de los campesinos pobres, sobre todo de su zona, hasta tal punto que, en muestra de desprecio por las leyes de prevaricación impuestas por Bonifacio VIII, que era un buen ejemplo de ladrón, gritó en uno de sus cánticos: «¡Ah, Bonifax, que en puta has convertido a la Iglesia!». Bonifacio se la guardó: cuando por fin logró poner las manos encima a Jacopone, que era además un hombre de teatro extraordinario, lo encerró en la cárcel, sentado, obligado a permanecer en esta postura (*indica*), las manos abiertas y los pies atados, durante cinco años, encadenado a sus heces. Y cuentan que a los cinco años, cuando salió gracias a la muerte del papa, este pobre fraile, muy joven aún, ya no podía andar: se vio obligado a arrastrarse doblado en dos. Cuando murió, año y medio más tarde, trataron de tenderle en un ataúd: no lo consiguieron. Cada vez que lo tumbaban... ¡ñíí!, volvía a la postura original. Al final se cansaron y lo enterraron sentado.

De todos modos, no era el único que odiaba al papa: ya Gioacchino da Fiore, que vivió incluso antes de san Francisco, y puede considerarse de alguna manera el padre de todos los movimientos heréticos, había dicho más o menos: «Si queremos dar dignidad a la iglesia de Cristo, debemos destruir la iglesia. La gran bestia de Roma, la tremenda bestia de Roma. Y para destruir la iglesia no nos basta con echar abajo los muros, los tejados, los campanarios: tenemos que destruir a quien la gobierna, el papa, los obispos, los cardenales». Una actitud algo radical. El caso es que el papa de su tiempo le envió en seguida de visita a un centenar de soldados armados, que lo buscaron por los montes donde vivía, localizaron gracias a un espía la cueva donde habitaba, pero, para su desgracia, lo encontra-

ron muerto: aún caliente, pero muerto. Había muerto dos minutos antes de que llegaran, no se sabe si por el susto de ver que llegaban los soldados, o porque era un poco malintencionado y quiso fastidiarles. Yo creo que fue así: Gioacchino da Fiore era maligno, muy maligno.

He aquí una imagen de Bonifacio VIII (foto 15), muy realista: vemos que emplea como asiento al fraile Segalello da Parma. Este fraile pertenecía a la orden de los ensacados, así llamados porque vestían sacos: otro extremista, por seguir con el lenguaje de nuestros días, en que oímos tanto hablar de extremismos de ambas partes, de extremismos de signo opuesto...



15. «Bonifacio VIII». Reconstrucción de un códice del siglo XIV.

El extremista que le sirve de asiento, entonces, era uno de los que pretendían que el papa y la iglesia fueran pobres, que todo se entregase a la gente más humilde, que «la dignidad de la iglesia», decía Segalello, «se fundara en la dignidad de los pobres».

Cuando tú, iglesia, tienes en tu interior a un pobre desgraciado que se muere de hambre, eres una iglesia que no puede alardear de estar viva. Segalello era de los que predicaban castidad absoluta, e iba provocando a los campesinos: «En, vosotros, ¿qué hacéis? ¿Jugáis? ¡Ah no! ¿Caváis la tierra? ¡Trabajáis! ¿Y de quién es la tierra? ¡Vuestra, me figuro! ¿No? ¿No es vuestra? ¡Pero cómo! Trabajáis la tierra y... ¿Pero le sacáis provecho? ¿Qué provecho? Ah... ¿un porcentaje tan ínfimo? ¿Y cómo, todo el resto se lo queda el amo? ¡El amo de qué! ¿De la tierra? Ja ja ja! ¿Hay un amo de la tierra? ¿De verdad creéis que en la Biblia cada terreno fue asignado a fulano o a zutano?... ¡Cretinos! ¡Subnormales! La tierra es vuestra: ellos os la han trincado, y luego os la hacen trabajar a vosotros. La tierra es para quien la trabaja: ¿está claro?».

Imaginaos, en plena Edad Media, ir por ahí diciendo cosas semejantes: ¡la tierra para quien la trabaja! Es de locos insensatos decirlo hoy, ¡así que figuraos en la Edad Media! De hecho, lo cogieron en seguida y lo llevaron a la hoguera, a él y a toda su banda de «ensacados».

Sólo se salvó uno. Se llamaba fray Dolcino, y se retiró a su tierra, a la zona de Vercelli: pero en lugar de quedarse en su casa en paz y en silencio, en vista del peligro que había corrido, no señor, volvió a ir en busca de los campesinos, a provocarles, a hacer de jugar. «¡Eh, campesino!... la tierra es tuya, quédatela, cretino subnormal, la tierra es del que la trabaja...» Y los campesinos de su zona, tal vez porque hablaba su mismo dialecto y le comprendían bien, le miraban y decían: «Je je... ¡qué loco está ese fray Dolcino! ¡Aunque no dice tonterías! Sabes, yo casi casi me quedo con la tierra... No, mejor se la dejo al amo, ¡y me quedo con la cosecha!». Y desde ese día, siempre que llegaban los «demandados», los recibían a pedradas. Y empezaron también a romper el contrato, que se llamaba «diezmo». Sí, el contrato que en la Edad Media unía a los campesinos con el amo se llamaba «diezmo». Entonces tenía sólo el significado de contrato: después la gente empezó a comprender, y lo enriqueció de matices: «Ah, ¿un diezmo?...», es decir, un contrato entre campesino y amo. Bien, rompían el contrato, pero sabiendo que no podían resistir solos, se unían, se aso-

ciaban entre ellos, todos los campesinos de la zona. Y es más, comprendiendo que había que ampliar la unión para que tuviese más fuerza, se unían con los artesanos menores, con los asalariados, que en el Medievo empezaban a ser numerosos. Fue así como llegaron a la organización de una extraordinaria comunidad. Entre ellos se llamaban «comuneros».

Son los primeros comuneros de la historia que conocemos: como centro de organización, tenían la «credencia». La credencia sigue siendo en toda Italia, de la Sicilia al Veneto, el armario que tenemos en casa para guardar la comida, el aparador. El sustantivo deriva evidentemente del verbo creer: *creer en* algo. Credencia: creer en la comunidad, pues, y estas formas de comunidad empezaron a existir ya desde el siglo VI. La primera «credencia» de que tenemos noticia es la de la comunidad de San Ambrosio: un armario enorme, inmenso, con muchas hojas, y ventanillas de madera especiales, en las que se conservaban los géneros alimenticios de la comunidad, el trigo de la humedad, todo lo que podía servir a la comunidad en las épocas de carestía.

En Vercelli, en cambio, para la división de los bienes comunes no esperaban a la carestía: se juntaba todo y se repartía según las necesidades de cada cual. Según las necesidades, fijaos bien, no según el trabajo que cada uno había producido.

Esta forma de autogobierno molestó mucho a los amos, sobre todo a los que se consideraban «despojados» de sus tierras. Uno en concreto, el conde de Monferrato, organizó una expedición de castigo, partió con sus esbirros, aprisionó a un centenar de comuneros y les cortó las manos y los pies. Era una costumbre de la época: en Bretaña, doscientos años antes, los señores hicieron lo mismo con sus campesinos. Con las manos y los pies amputados, los subieron en burros, y los empujaron hacia la ciudad de Vercelli, para que los comuneros se dieran cuenta de lo que pasaba cuando se actuaba con demasiada libertad y «presunción».

Cuando los comuneros vieron a sus hermanos mutilados y tan maltrechos no se echaron a llorar. Partieron esa misma noche y llegaron de improviso a Novara, entraron en la ciudad e hicieron una auténtica matanza de los esbirros, de los verdu-

gos carniceros: pero no sólo eso, también lograron convencer a la población de que se liberase y se organizase a su vez en comunidad. Con una rapidez increíble Oleggio, Pombia, Castelletto Ticino, Arona, toda la zona al norte del Lago Maggiore, Domodossola, la zona hacia el Monte Rosa, todo el Lago de Otrava, la Valsesia, Varallo, Val Mastallone, Ivrea, Biella, Alessandria... en fin, media Lombardía y medio Piamonte se rebelaron. Sin saber a quién recurrir, duques y condes enviaron a Roma un mensajero que llegó ante el papa, gritando: «Socorro, socorro... ¡ayúdanos, por Dios!». Ante ese *por Dios*, ¿qué podía hacer el papa? «Por Cristo, tengo que ayudarles...» Para su fortuna, y para la de los señores del norte, estaba a punto de embarcar en Brindisi la cuarta cruzada (esa de la que no sabemos nada, porque nos la silencian, y por «cuarta cruzada» nos venden la que en realidad fue la quinta). Así que mandó al mensajero a decirles a los cruzados: «Quietos todos, perdonad, me he equivocado: los infieles no se encuentran al otro lado del mar, están ahí arriba, en Lombardía, disfrazados de campesinos rebeldes. ¡En marcha cuanto antes!». A marchas forzadas ocho mil hombres, casi todos alemanes, llegaron a la Lombardía, se unieron a las tropas del duque Visconti, de los Modrone, de los Torriani, de los Borromeo, del conde del Monferrato -había también dos personajes nuevos, los Saboya, que empezaron entonces a abrirse camino- y cometieron una truculenta matanza. Consiguieron encerrar en un monte cerca de Biella a tres mil comuneros, hombres, mujeres y niños: de un solo golpe los masacraron a todos, los quemaron, los degollaron...

De esta historia que os he resumido no aparece rastro en los libros de texto de los colegios. Y es justo, por otro lado: ¿quién organiza la cultura? ¿Quién decide qué enseñar? ¿Quién tiene interés en no dar determinadas informaciones? Los amos, la burguesía. Mientras se lo permitamos, es natural que sigan haciendo lo que consideran justo. ¿Os figuráis si estos, enloquecidos, empezaran a contar que en el siglo XIV, en Lombardía y en Piamonte, hubo una auténtica revolución, gracias a la cual, y en nombre de Cristo, se llegó a constituir una comunidad en la que todos eran iguales, se querían, y no se explotaban entre

ellos? Cabe la posibilidad que los chicos, exaltados, gritaran: «¡Viva fray Dolcino! ¡Abajo el papa!». ¡No es posible, por Dios, no es posible!

Exagero, por supuesto, por pura polémica: porque la verdad es que en algún libro de texto más avanzado, en algún colegio de gran tradición (el Berchet por ejemplo, el colegio al que ha ido mi hijo), la noticia se encuentra. A lo mejor en una nota a pie de página, que suena así (cito de memoria): «Fray Dolcino, hereje, en 1306 fue quemado vivo junto a su amiga». ¿Comprendéis? ¡Así los chicos aprenden que fray Dolcino era un hereje porque tenía una amiga!

Voy a interpretar ahora la juglaría de Bonifacio VIII. Comienza con un canto extralitúrgico antiquísimo, catalán, de los Pirineos para ser exacto: durante el canto el papa se viste para una ceremonia importante. Conviene recordar una manía de Bonifacio VIII: mandar que clavarán de la lengua a los frailes, de los portales nobles de algunas ciudades. Como estos frailes pauperistas y ligados a los «cátaros», a otros movimientos heréticos, tenían la pésima costumbre de ir hablando mal de los señores, el papa los cogía y zas... (*mima el acto de clavar de la lengua*). No él en persona, pues le horrorizaba la sangre: tenía hombres de sobra para hacerlo... No era egoísta.

Otro episodio que lo recuerda, sólo para dar idea del personaje, es la orgía que organizó el viernes santo de 1301. Entre las muchas procesiones que se celebraban en Roma ese día, había una de «cátaros», que aprovechaban los cantos litúrgicos para insultar, con pullas encubiertas, precisamente al papa. Decían: «Jesucristo era un hombre pobre que iba por ahí sin capa siquiera: en cambio los hay que tienen capas llenas de piedras preciosas. Hay alguien que se sienta en un trono todo de oro, mientras Cristo caminaba con los pies desnudos. Cristo, que era Dios, el Sumo Hacedor, para ser hombre bajó a la tierra: hay alguien que ni siquiera es hombre, y se las da de todopoderoso, y para ser dios se pasea en silla de manos...».

¡Caray! Bonifacio, que era más bien espabilado, pensó: «¿A que la han tomado conmigo? ¿Ah sí? ¡Pues les haré una afrenta!». Organizó una orgía justo el viernes santo: llamó a unas prostitutas, a algunas señoras de buena familia, que a menudo

viene a ser lo mismo, obispos y cardenales, y por lo visto todos juntos hicieron cosas realmente impúdicas y abyectas. Tanto, que todas las cortes de Europa se escandalizaron, incluso la de Enrique III de Inglaterra que, según los cronistas de la época, era un rey más bien procaz.

Dicen en efecto que, para divertir a sus barones durante los banquetes, apagaba velas de un eructo, a tres metros de distancia. Algunos llegan a añadir -pero no me lo creo- que lograba apagarlas hasta en carambola, o sea lanzando el eructo hacia la pared... de lado... (*mima*) tac-tac... Es el sentido del humor inglés, del que no estamos en grado de captar todos los matices, por supuesto; tenemos que conformarnos, es como el juego del *cricket*.

BONIFACIO VIII

El juglar interpreta el personaje de Bonifacio VIII. Mima el gesto de rezar y canta

EL DÍA DEL JUICIO
APARECERÁ EL QUE TODO HA CREADO
VENDRÁ UN REY ETERNO
VESTIDO DE NUESTRA CARNE MORTAL
VENDRÁ DEL CIELO CIERTAMENTE
EL DÍA...

Se interrumpe y se dirige a un clérigo imaginario para que le entregue la mitra. Vuelve a cantar

ASÍ ESE JUICIO NO SERÁ
UNA GRAN SEÑAL SE MOSTRARÁ

(Mima que se quita la mitra de la cabeza.) ¡Oh, cómo pesa! No, vamos... tengo que salir a pasear... *(Finge coger otro sombrero.)* Ah, mejor este... *(Se lo planta en la cabeza y vuelve a cantar.)*

EL DÍA DEL JUICIO...

(Se interrumpe.) El espejo... *(Mima que se mira en el espejo.)* ¡Vaya, está torcido!... ¡El guante! *(Vuelve a cantar, mimando que se pone el guante. Canta.)*

ASÍ ESE JUICIO NO SERÁ
UNA GRAN SEÑAL SE MOSTRARÁ...

el otro... ¿un solo guante? tengo dos manos, ¿no? no tengo sólo una mano... ¿quieres que me la corte? *(Canta.)*

EL SOL PERDERÁ SU ESPLENDOR
LA TIERRA TEMBLARÁ DE TEMOR...

(Ordena.) El manto... el manto grande. *(Mima que agarra un manto enorme y pesado.)*

EL DÍA DEL JUICIO
APARECERÁ EL QUE...

¡Uy, cómo pesa!... *(Trata de colocárselo a la espalda. Pide ayuda a los clérigos.)*

APARECERÁ EL QUE TODO HA CREADO

Empujad todos al tiempo, vamos... *(Canto ralentizado.)* ¡Eh, vosotros! ¿Vais a empujar o no?... ¡Y también cantad! ¿O tengo que hacerlo todo yo solo?... cantar, empujar, sujetar el manto, llevar el sombrero... ¡vamos! ¡Quietos y volvemos a empezar! *(Sigue dirigiéndose a clérigos imaginarios.)* Y tú canta: ¡la primera voz! *(Canta fingiendo que coloca la voz al clérigo.)*

...TODO HA CREADO-O-O

(Vuelve a empezar dirigiendo con la cabeza.)

VENDRÁ UN REY ETERNO

Segunda voz. *(Señala a otro clérigo.)*

VESTIDO DE NUESTRA CARNE MORTAL

Tercera. *(Vuelve a señalar al primer clérigo.)*

VENDRÁ DEL CIELO CIERTAMENTE

(Se interrumpe, desanimado.) ¡¡¡Desafinas, ehü! Arriba todos juntos. *(Canta subiendo en agudo y se bloquea de golpe.)*

PARA HACER EL JUICIO FINAL

¿Quién se ha subido en el manto? *(Se vuelve, furioso.)* ¿Eres tú, eh? ¡Desafinado! ¡Que te cuelgo de la lengua! desgraciado... ¡ni canta ni empuja!... Vamos... Entrás en el aleluyático. *(Se interrumpe, incrédulo.)* ¿No sabes qué es el aleluyático? Es ese trino que se hace con la voz... Vamos...

EL DÍA DEL JUICIO APARECERÁ

EL QUE TODO HA CREADO

(Gorjea y tira del manto. Se detiene, exhausto.) ¡Ay, menudo oficio el de papa! *(Da un último tirón para colocarse el manto.)*

VENDRÁ UN REY ETERNO

VESTIDO DE NUESTRA CARNE MORTAL...

(De nuevo se dirige a un clérigo.) ¡El anillo! *(Alza el tono de la voz.)* ¡El anillo! *(Canta mientras se pone el anillo. Lo contempla tras haberle echado el aliento durante sus trinos.)* ¡Oh, cómo reluce! *(Ordena.)* El otro... Este es grande, es para el pulgar. *(Se pone el anillo en el pulgar, sigue cantando.)*

VENDRÁ DEL CIELO CIERTAMENTE...

¡El bastón! (*Gritando.*) El bastón... ¡no, el de pegar no, vamos! El enroscado. (*Indica una espiral. Vuelve a cantar.*)

VENDRÁ DEL CIELO CIERTAMENTE...

¡Listos? Nos vamos, ¿eh? Todos juntos. No empujes de golpe, desgraciado: ¿es que quieres verme de bruces en el barro? ¡Ten cuidado, desafinado! Hagamos contrapeso, venga: dos balances antes de arrancar: ¡uno, dos, arriba en el aleluyático! (*Canta.*)

LOS INFANTES QUE NACIDO NO HABRÁN
DENTRO DE SUS MADRES GRITARÁN
LLORANDO TODOS DIRÁN
AYÚDANOS OH DIOS OMNIPOTENTE

¡Qué bien canto! ¿Vosotros a dónde creéis que vais? ¿Hacia dónde os dirigís?...

¿Hacia dónde va toda esa gente? ¿Me vais a dejar aquí solo? ¡Yo soy el papa Bonifacio! No soy un carretero...

¿Quién es? ¿Quién?... quién es ese de la cruz... ¿Jesús? ¡Ah, Cristo! Jesucristo... Mira mira... caray... vaya pinta... ¡desgraciado! Ahora entiendo por qué le llaman «pobre cristo»... caramba... hay que ver cómo va... ¡Maldición!, vámonos, que me impresiona ver estas cosas... (*Finge contestar a un clérigo que tiene otra opinión.*) ¿Dices que mejor que me acerque?... que me vea la gente que soy bueno, que me vea mientras le ayudo a llevar la cruz... A lo mejor luego me aplauden todos, y dicen: «Qué bueno es este Bonifacio»... Venga, sí, vamos a darles gusto a esos necios... vamos. (*Simula desvestirse.*) Toma, coge el manto... sujetadlo... el bastón. Será mejor que vaya. No me crearás, pero me tiemblan las piernas... Jesús, ¿qué tal?... Jesús, ¿no me conoces? Soy Bonifacio... Bonifacio, el papa... ¡Cómo que quién es el papa! Vamos... es el pastor, el que viene después de Pedro, con todos los demás en fila... ¿no me reconoces? Ah, es por el sombrero este tan grande... Es que como llueve... Tal vez... (*Al clérigo.*) Ven a quitarme todo... ¡el anillo!... que no me vea los anillos... (*Mima que le quitan todos los oropeles.*) Que no vea cosas que brillan... ¡Es un obseso tremendo, ese!, un original... Fuera, quítame los zapatos... ¡fuera! Quiere ver a la gente con los pies descalzos... ¡vamos, fuera! Dame algo para que me ensu-

cie... tierra, en la cara. (*Se frota la cara con barro.*) Vamos, ensúciame todo: ¡a ver así! ¡Qué quieres que te diga, está loco! (*Se dirige a Cristo.*) ¿Me reconoces ahora? Soy tu hijo... Humilde, ya sé que doy lástima. Jesús... mira, me arrodillo delante de ti... Yo que jamás me he arrodillado, que todos me hacen... Jesús... Jesús... ¡Que me hagas caso un momento, caray! Cómo es posible, ¿yo te hablo y tú no me escuchas? ¡Pero hombre de Dios, un poco de educación, vamos! Te decía... (*Se calla, como si Cristo le hubiera interrumpido.*) ¿Yo?... yo... ¿Qué has dicho? ¿Que yo he matado a los frailes?... ¿yo? ¿Que he hecho cosas malas? ¡No es verdad! Son calumnias, mentiras que difunden las malas lenguas, por envidia... que... (*Lo señala con el dedo, con ímpetu.*) ¡Pues de ti me han dicho cada cosa, querido! ¡Pero yo no me lo creo! Bendito seas, son malos, ya sabes... (*Se arrodilla, desesperado.*) Jesús! Jesús, mírame a los ojos, que te quiero mucho... ¿que a los frailes? que no, que yo los quiero, siempre he querido mucho a los frailes, yo... (*Al clérigo imaginario.*) ¡Ve a buscar un fraile, rápido! (*A Cristo.*) Yo los quiero... (*Al clérigo.*) ¿Que dónde vas a buscar frailes? ¡Pues a la cárcel, que está llena! (*A Cristo.*) Jesús, yo... Jesús, mira qué fraile, mira qué hermoso... (*Mima un abrazo y un beso, aparta la cara, asqueado.*) ¡Qué peste! (*A Cristo.*) Jesús, deja que te ayude a llevar la cruz, yo soy fuerte, tú te cansas... yo estoy acostumbrado... soy un toro, yo... ¡llevo cada manto que ni te imaginas! déjame... ¡Quítate de los cojones, Cirineo!

(*Mima que empuja al Cirineo y ocupa su lugar.*) Yo te ayudo... no, si no me canso... no... ¡no empujes! Jesús, tranquilo... (*Una patada terrible le lanza lejos.*) ¡¡Cristo!! ¿Una patada a mí? ¡Bonifacio! ¡El Príncipe! Ah, muy bien... canalla... malnacido... Oh, como se entere tu padre... ¡desgraciado! Jefe de los burros! Oye, no me da miedo decirte que me complace verte crucificado: y que hoy, mira por donde, quiero emborracharme, quiero darme el gusto de bailar... ¡bailar! ¡Ir de putas! Porque soy Bonifacio, yo... ¡Soy Príncipe! Manto, sombrero, bastón, anillos... ¡todo! Mira cómo relucen... canalla... ¡Bonifacio, soy yo! ¡A cantar! (*Se va altanero, sacando pecho, cantando a voz en cuello.*)

EL DÍA DEL JUICIO
APARECERÁ EL QUE TODO HA CREADO
VENDRÁ UN REY ETERNO
VESTIDO DE NUESTRA CARNE MORTAL
VENDRÁ DEL CIELO CIERTAMENTE...

Textos de la Pasión

EL LOCO Y LA MUERTE

En una posada unos gandules juegan a las cartas con el loco.

Loco El caballo sobre el asno, la virgen sobre el vicioso y me llevo todo. Ja ja. Creíais que era tonto y que ibais a desplumarme como a un pollo, ¿eh? ¿Y qué os parece ahora? (*Reparte las cartas.*)

Primer jugador Aún no ha terminado la partida... ¡espera antes de cantar victoria!

Loco No, pues pienso cantar... y también bailar... Oh, qué cartas tan bonitas. Buenas noches majestad, señor rey, ¿os importa ir a buscar la corona de ese bribón de mi amigo? (*Arroja una carta sobre la mesa.*)

Segundo jugador Jajá... te has colado con el rey, ¡porque yo le planto encima al emperador!

Loco Je je, mira lo que me importa el emperador: le pongo encima esto (*se vuelve de espaldas sentándose en la mesa*) y además este asesino que mata a tu emperador como a un gorrino.

Primer jugador Y yo trinco al asesino con el capitán...

Loco Y yo te monto la guerra, así el capitán tiene que partir.

Segundo jugador Pues yo la carestía, el cólera y la peste que acaban con la guerra.

Loco Entonces saca el paraguas que escupo tormenta, escupo este temporal... escupo lluvia y diluvio... (*Ha bebido del cántaro y salpica a todos.*)

Primer jugador Ay Matazone canalla, ¿estás loco?

Loco Pues sí que estoy loco, ja... si me llamáis Matazone, estoy loco... y os gano la partida de tarot con el diluvio que manda a paseo a la pestilencia.

Posadera No hagáis tanto escándalo, que hay gente en la sala que va a sentarse a la mesa.

Loco ¿Quiénes son?

Posadera No sé... nunca los había visto aquí en Emaus a esos, en mi posada. Les dicen los apóstoles...

Segundo jugador ¡Ah! Son esos doce que van siempre con el Nazareno.

Loco Sí: Jesús, que es el que está en medio, mírale allí... ¡me cae más bien! ¡Eh, Jesús Nazareno, te saludo! ¡Que aproveche! ¿Has visto? Me ha guiñado el ojo... ¡qué majo!

Tercer jugador Doce y uno trece... ¡uy, van a sentarse trece en la mesa, con la mala suerte que trae!

Loco ¡Uy, están locos! Espera, que voy a decir un conjuro para alejar el mal de ojo. (*Canta.*) ¡Trece a cenar no trae mala suerte, mal de ojo ni te acerques que yo toco estas cachas! (*Palpa el trasero de la posadera.*)

Posadera ¡Quieto, Matazone, vas a hacer que tire el agua caliente!

Primer jugador ¡Agua caliente! ¿Para qué la quieren?

Posadera Creo que para lavarse los pies.

Segundo jugador ¿Lavarse los pies antes de comer? ¡Uy, sí que están locos! Matazone, deberías juntarte con ellos que son compañeros tuyos, ni hechos a medida.

Loco Tú lo has dicho, tienes razón: gano esta partida y con el dinero que me pagaréis me voy a la sala a bebérmelo todo con ellos... y vosotros no venís, no podéis estar con los locos porque sois hijos de puta y de ladrones.

Le cambian las cartas.

Tercer jugador Juega, juega que quiero disfrutar con tu desquite.

Loco A propósito de ladrones: ¿dónde ha ido a parar el loco que tenía entre las cartas?

Segundo jugador Dale en seguida un espejo para que se mire: encontrarás la cara de tu loco...

Primer jugador Juega y no pierdas tiempo... (*juega*) caballero con espadón.

Segundo jugador Reina con bastón.

Loco Bruja con cabrón.

Tercer jugador El niño inocente.

Primer jugador Dios omnipotente.

Loco La justicia y la razón.

Segundo jugador El listo y el abogado.

Tercer jugador El verdugo y el ahorcado.

Loco El papa y la papisa.

Primer jugador El cura que dice misa.

Segundo jugador La vida es bella y alegre.

Tercer jugador La muerte blanca y negra.

Segundo jugador Cartas ya no tienes: loco de mis amores, has perdido.

Loco ¿Es posible? ¿Cómo he podido perder?

Primer jugador ¿Que cómo has podido? No sabes jugar, querido Matazone de mis cojones. Ahora paga, ¡saca el dinero!

Loco Me habéis desplumado, por mis muertos... Y eso que si lo pienso me parece que tenía la carta de la muerte, me acuerdo de que la tenía aquí en el medio.

Al fondo aparece la Muerte: una mujer blanca con los ojos cercados de negro.

Segundo jugador Uy madre... ¿quién es esa?

El loco está de espaldas a la Muerte. Está absorto contando el dinero.

Tercer jugador ¡La bruja... la muerte!

Huyen todos menos el loco.

Loco ¡Sí, la muerte! ¡Precisamente... la tenía yo! Uy, qué frío... ¿dónde os habéis metido todos? Siento frío hasta en los huesos. Cerrad esa puerta... (*Mira de soslayo a la Muerte.*) Buenos días. Está todo cerrado, ¿de dónde saldrá este frío tan tremendo? (*Ve a la Muerte.*) Buenos días, buenas tardes... buenas noches, madama, con permiso. (*Se levanta para marcharse.*) Co-

mo mis amigos se han ido... (*Ha olvidado el dinero en la mesa.*)
¿Buscáis a alguien? La patrona está en la sala sirviendo la mesa a los apóstoles y con la palangana para lavarse los pies: si queréis ir, no hagáis cumplidos. ¡Uy, que estoy dando diente con diente!

Muerte No, os lo agradezco, pero prefiero esperar aquí.

Loco Bueno, si queréis sentaros tomad esta silla, aún está caliente, ¡la he calentado yo! Perdonad, señora, pero ahora que os miro más de cerca me parece que ya os he visto otra vez.

Muerte Es imposible, a mí sólo se me conoce una vez.

Loco ¿Ah, sí? ¿Una sola vez? Y tenéis un acento forastero, me parecéis toscana. ¿No lo sois? ¿Sois de Ferrara? ¿Romana? ¿Siciliana? ¿Ni siquiera de Cremona? Que esos son más forasteros que nadie, más forasteros que los de Lodi, que son forasteros incluso en Lodi. De todos modos, señora, permitid que os diga que os encuentro un poco baja de forma, algo pálida, desde la última vez que no os conocí.

Muerte ¿Dices que estoy pálida?

Loco Sí, espero no ofenderos.

Muerte No, yo estoy eternamente pálida. La palidez es mi color natural.

Loco ¿Pálida natural? ¡Ah, ya sé a quién os parecéis! ¡Os parecéis que ni pintada a esta figura de la carta!

Muerte Claro, soy la Muerte.

Loco ¿La Muerte? Ah, ¿sois la Muerte? ¡Mira tú qué casualidad! ¡Es la Muerte! Bueno... mucho gusto... yo soy Matazone.

Muerte Te doy miedo, ¿eh?

Loco ¿Miedo a mí? No, yo estoy loco y lo saben todos incluso en el juego del tarot, que el loco no tiene miedo a la muerte. ¡Más bien lo contrario, la va buscando para hacer pareja desposada, porque juntos ganan a todas las cartas, incluso a la del amor!

Muerte Si no tienes miedo, ¿cómo es que te tiembla la pierna?

Loco ¿La pierna? Es que esta pierna no es mía. La mía de verdad la perdí en el campo de batalla... y entonces cogí la de un capitán que estaba muerto, y se le movía la pierna, todavía viva, como si fuera la cola de una lagartija difunta. Así que le

corté la pierna y me la pegué yo solo, con saliva; mirad, se nota que no puede ser la mía... es un palmo más larga y por eso cojeo. ¡Uy! Estáte quieta, no tienes que tener miedo ante una dama y señora ilustrísima así... ¡vamos, apóyate!

Muerte Eres muy amable al llamarme ilustrísima y dama.

Loco Oh, no lo digo por cumplido, creedme, es que para mí, lo juro, sois ilustrísima y también muy simpática. Y me agrada que hayáis venido a verme, porque me gustáis tanto, que quiero invitaros a beber, si me lo permitís.

Muerte ¡Encantada! ¿Has dicho que te gusto?

Loco ¡Claro! Me gusta todo de vos, el perfume a crisantemos que lleváis, y la palidez lívida de la cara, que en mi tierra decimos: «Mujer de carne fina del color de la cera, mujer que hacer el amor siempre espera».

Muerte Oh, haces que sienta vergüenza, estás realmente loco, nadie había hecho que me ruborizara tanto.

Loco Os ruborizáis porque sois mujer virgen y purísima: es cierto que a muchos hombres habéis abrazado, pero una sola vez... que ninguno de ellos merecía dormir abrazado a vos, pues nadie os tiene amor sincero ni estima.

Muerte ¡Es verdad, nadie me estima!

Loco Porque sois demasiado modesta y no mandáis que sueñen cuernos, ni redoblen tambores anunciando vuestra llegada, con todo que sois Reina... ¡Reina del mundo! ¡A vuestra salud, Reina!

Muerte ¿A la salud de la Muerte? No adivino si eres más loco o más poeta.

Loco Las dos cosas, porque todo poeta está loco, y viceversa. Bebed, paliducha, que este vino os dará un poco de color.

Muerte ¡Oh, qué bueno está!

Loco ¿Pues cómo no iba a estar bueno? Es el mismo que está bebiendo el Nazareno, en la sala, y ese sí que entiende de vinos. ¡Es un gran conocedor!

Muerte ¿Cuál es el Nazareno de todos ellos?

Loco El joven que está sentado en el medio, el de los ojos grandes y claros.

Muerte Oh, es un hombre muy apuesto, y dulce.

Loco Sí, es un hombre apuesto, pero no querréis ponerme

celoso... ¿No pensaréis hacerme el desaire de dejarme solo para ir con ellos?... ¡me echaría a llorar de desesperación!

Muerte Me quieres adular, ¿eh, pillo? (*Se quita el velo negro.*)

Loco ¿Adular yo? ¿Adular a una dama que no se deja impresionar ni por papas ni por emperadores? (*La Muerte aparece con el cabello rubio.*) ¡Oh! ¡Qué hermosa estás con esos cabellos... gustoso recogería todas las flores de la tierra para esparcirtelas encima y cubrirtte entera bajo un gran montón, y después me lanzaría a buscarte bajo ese montón, y te despojaría de las flores... ¡y de todo!

Muerte Me haces sentir un gran calor con tus palabras, mi querido loco, y lo lamento, ya que gustosa me quedaría en tu compañía y te llevaría conmigo.

Loco ¿No has venido a eso? ¿A llevarme contigo? ¡Ah! No has venido por mí... Jajá... Y yo que creía... ¡Oh, este lance es ridículo, bien! Me agrada mucho este cambio, estoy muy contento... ja ja.

Muerte Ahora veo que eras falso y mentiroso y que fingías amarme para tenerme contenta, por miedo a la muerte... que soy yo.

Loco No has comprendido, paliducha, estoy contento porque no has venido a mí por interés, no te has quedado en mi compañía por tu oficio de sacarme hasta el último suspiro, sino únicamente porque te caigo simpático, ¿no es cierto? ¿Te soy simpático, paliducha? Dime, ¿qué te ocurre? ¿Te brotan lágrimas de los ojos? ¡Uy, esta sí que es gorda, la muerte llorando! ¿Te he ofendido?

Muerte No, no me has ofendido, tú sólo me has ablandado el corazón, y lloro de melancolía por ese hijo Jesús que es tan dulce, ya que es a él a quien tengo que llevarme a morir.

Loco Ah, ¿has venido por él? ¿Por el Cristo? Bien, pues lo siento de verdad, pobre muchacho, con la cara de bueno que tiene. ¿Y cuál será la dolencia por la que te lo llevarás? ¿Mal de estómago? ¿De corazón? ¿O de pulmones?

Muerte Dolencia de la cruz...

Loco ¿De la cruz? ¿Acabará clavado? Pobre desventurado... Oye, paliducha, hazme un favor, deja que vaya a avisarle de que se prepare a ese suplicio tremendo.

Muerte Es inútil que le avises, porque él ya lo sabe, sabe desde que nació que mañana tendrá que yacer en la cruz.

Loco ¿Lo sabe y está ahí tan tranquilo hablando, y sonriendo dichoso con sus compañeros? ¡Oh, está más loco que yo!

Muerte Tú lo has dicho... ¿cómo no va a estar loco quien ama con tanto amor a los hombres, incluso a los que le llevarán a la cruz, incluso a Judas que lo traicionará?

Loco Ah, ¿será el Judas? ¿El que está en una esquina de la mesa, será el que le va a hacer la faena? ¡Lo hubiera apostado! ¡Con esa cara de judas! Espera, que voy a darle un par de bofetadas a ese malnacido, y después le escupo en un ojo.

Muerte Déjalo, no vale la pena, tendrías que escupirles a todos en los ojos, ya que todos le volverán la espalda cuando llegue el momento.

Loco ¿Todos? ¿San Pedro también?

Muerte El el primero, tres veces seguidas. Ven, no lo pienses más, ven a servirme más vino que me quiero emborrachar, y alejarme de esta tristeza.

Loco Tienes razón, mejor tener contenta a la muerte. Entonces: bebamos y alejemos las penas. Paliducha mía, ven que nos vamos a alegrar. Ábrete esa capa que quiero ver esos brazos firmes color de luna... ¡Oh, qué hermosos! Y ábrete también el corpiño por delante que quiero ver y sacarme brillo a los ojos con esos dos pomos de plata que parecen las estrellas Dianas.

Muerte ¡No, te lo ruego, loco, que soy señorita y doncella y siento vergüenza, pues ningún hombre me ha tocado desnuda!

Loco Pero yo no soy un hombre, soy un loco, y la muerte no cometerá pecado por hacer el amor con un loco, con un demente lunático como yo. No tengas miedo, apagaré todos los candiles y dejaré uno solo, y bailaremos hermosos pasos que quiero enseñarte y quiero hacerte cantar de suspiros y de lamentos amorosos.

MARÍA CONOCE LA CONDENA IMPUESTA A SU HIJO

María está en compañía de Juana y por el camino se encuentra con Amelia.

Amelia Buenos días María... buenos días Juana...

María Buen día Amelia, ¿vais a la compra?

Amelia No, ya la hice esta mañana... tengo que deciros algo, Juana.

Juana Decidme; con permiso María...

Se apartan y hablan agitadas.

María ¿Dónde va toda esa gente? ¿Qué está ocurriendo allí al fondo?

Juana Seguro que es un casamiento...

Amelia Sí, es un casamiento... precisamente vengo de allí.

María Oh, vamos a verlo, Juana, me encantan las bodas. ¿Es joven la novia? ¿y quién es el novio?

Amelia Vamos, María, no perdáis el tiempo en bodas... vamos a casa, que aún tenemos que poner el agua en la lumbre para la sopa.

María Esperad, escuchad. ¡Están blasfemando!

Juana Oh, blasfemarán de alegría y contento...

María No, me parece que lo hacen con rabia: han gritado «¡brujo!»... sí, lo he oído bien... escuchad, pues lo repetirán. ¿Con quién la habrán tomado?

Juana Oh, ahora me acuerdo, no gritan por un casamiento, sino contra uno al que anoche descubrieron danzando con un macho cabrío, que era el demonio.

María Ah, ¿por eso le dicen brujo?

Juana Sí, será por eso... pero se nos hace tarde, María, va-

mos a casa que esas no son cosas de ver, que luego te pueden dar mal de ojo.

María ¡Veo una cruz que asoma por encima de las cabezas de la gente! ¡Y ahora asoman otras dos cruces!

Juana Sí, esas otras son de dos ladrones...

María Pobrecillos... los van a crucificar a los tres... ¡pobre madre! Y quizás ella, pobre mujer, ni siquiera sepa que están matando a su hijo.

Llega corriendo la Magdalena.

Magdalena ¡María! Oh, María... vuestro hijo Jesús...

Juana Sí, sí, ella ya lo sabe... (*Aparte.*) Calla, desgraciada.

María ¿Qué es lo que sé? ¿Qué le ha ocurrido a mi hijo?

Juana Nada... ¿qué quieres que le haya ocurrido, bendita mujer? Es sólo que... ah, ¿no te lo había dicho? Qué mala cabeza la mía... olvidé avisarte de que él, tu hijo, me dio el recado de que hoy no vendrá a comer a casa porque tiene que subir a la montaña a contar parábolas.

María ¿Era eso lo que habías venido a decirme?

Magdalena Sí, eso, Señora.

María Demos gracias al Señor... venías tan de carrera, querida hija, que me has dado un susto... ya me figuraba no sé qué desgracia... ¡Qué tontas somos a veces las madres! ¡Nos preocupamos por cualquier cosa!

Juana Sí, pero también ella, la muy loca, venir corriendo tan acalorada para anunciarte esas tonterías...

María Calla, Juana... ahora no la regañes... al fin y al cabo ha venido a hacerme el favor de un recado. Te lo agradezco, hija... ¿cómo te llamas?, pues me parece que te conozco.

Magdalena Soy la Magdalena...

María ¿Magdalena? ¿Cuál? La...

Juana Sí, es ella... la cortesana. Vámonos, María, vamos a casa, es mejor que no nos vean con gente semejante, no está bien.

Magdalena Pero si ya no hago ese oficio.

Juana Será porque ya no encuentras cochinos que entretener... vete, descarada.

María No la echas, pobre hija... si mi querido Jesús le tiene tanta confianza como para mandarla a verme con recados, es señal de que ya ha recuperado el juicio, ¿verdad?

Magdalena Sí, ahora tengo juicio.

Juana Quién la va a creer... la cuestión es que tu hijo es demasiado bueno, se deja llevar por la compasión, y todos le engañan. ¡Siempre anda rodeado de un montón de gandules, gente sin trabajo, sin arte ni parte, muertos de hambre, desgraciados y putas... ¡como ella!

María ¡Hablas con malicia, Juana! El, mi hijo, dice siempre que por ellos, sobre todo por ellos, por los descaminados y perdidos, ha venido a este mundo, para darles esperanza.

Juana De acuerdo, pero ¿no comprendes que hacerlo no está bien? Todos le censuran... con tanta gente bien educada que hay en la ciudad, los caballeros y sus damas, los doctores, los señores... que él, con su manera de ser, gentil, sabio e ilustrado, se los metería en el bolsillo en seguida y recibiría honores, y ayuda si la necesitara. No, pardiez, ¡él se junta con los villanos más piojosos! ¡Y en contra de los otros!

María Escuchad cómo gritan, y ríen... pero no se ven las cruces.

Juana Además, podría evitar hablar siempre mal de los curas y los prelados... ¡esos no perdonan a nadie!

María Ahí están otra vez las tres cruces...

Juana Esos se lo harán pagar algún día... ¡le harán daño!

María ¿Hacerle daño a mi hijo? Por qué, si es tan bueno... ¡sólo le hace el bien a todos, incluso a los que no se lo piden! ¡Y todos le quieren! Escuchad... se burlan otra vez... uno de esos debe de haberse caído al suelo... Todos quieren a mi hijo... ¿no es verdad?

Magdalena ¡Sí, yo también le quiero tanto!

Juana ¡Ya sabemos todos qué cariño tan inspirado le profesas tú al hijo de la María!

Magdalena ¡Mi cariño por él sólo se iguala al de una hermana! Ahora...

Juana Ahora... ¿y antes, qué...?

María Juana, deja de atormentar a esta pobre hija... ¿Qué te ha hecho?... ¿No ves que la ofendes? ¿Por qué gritan tanto?

Aunque esta joven sintiera por él un amor como el que las mujeres normales sienten por los hombres que les gustan... ¿Y bien? ¿Acaso no es un hombre mi hijo, además de ser Dios? De hombre tiene los ojos, las manos, los pies... ¡y todo de hombre, incluso los dolores y la alegría! Y entonces tendrá que ser él, mi hijo, quien decida... él sabrá bien qué hacer, cuando le llegue el momento, si quiere tomar esposa. Por mí, a la que él elija la querré como si fuese mi hija. Y espero tanto que llegue pronto ese día... porque ya ha cumplido treinta y tres años, y es hora de que forme familia... Oh, qué griterío tan feo se oye... ¡Y qué negra es esa cruz! Me gustaría tanto tener por casa unos niños suyos de él... parajugar con ellos, acunarlos... me sé tantas canciones de cuna... y mimarlos... y contarles cuentos, esos cuentos preciosos que siempre acaban bien, ¡en alegría!

Juana Sí, pero ahora basta de soñar, María... Vamos, que a este paso tampoco cenamos.

María No tengo hambre... no sé por qué razón... Pero se me ha hecho un nudo en el estómago... Creo que tengo que ir a ver qué ha pasado allí al fondo.

Juana ¡No, no irás!... son cosas que dan tristeza. Te dejarán angustiada todo el día. Tu hijo no estará contento. Tal vez en este momento esté ya en casa, esperándonos... y tenga hambre.

María ¡Pero si me ha mandado recado de que no va a venir!

Juana Puede haber cambiado de opinión. Ya sabes cómo son los hijos. Cuando los esperas en casa no vuelven... ¡y vuelven cuando menos los esperas! Y hay que estar siempre dispuestas, con la comida en la lumbre.

María Sí, tienes razón... vamos. ¿Quieres venir tú también, Magdalena, a tomar un cuenco de sopa?

Magdalena Iré gustosa, si no molesto...

Al fondo pasa la Verónica.

María ¿Qué le ha ocurrido a esa mujer, que lleva un paño ensangrentado? Oh, buena mujer, ¿os habéis hecho daño?

Verónica No, yo no... ha sido uno de esos reos a los que han crucificado, ese al que gritan brujo... ¡y que no es brujo, sino

santo!... Santo de seguro, se comprende por los ojos tan dulces que tiene... le he secado la cara ensangrentada...

María Oh mujer piadosa...

Verónica ...con este paño, y ha salido un milagro... él me ha dejado la huella de su cara, que parece un retrato.

María Enséñamelo.

Juana No seas curiosa, María, no está bien.

María No soy curiosa... siento que tengo que verlo.

Verónica De acuerdo, te lo enseño, pero antes santíguate con la señal de la cruz... ¡mira, es el hijo de Dios!

María ¡Mi hijo! ¡Oh, es mi hijo, de mí! (*Sale corriendo, desesperada.*)

Juana ¡Qué has hecho... bendita mujer!

Verónica ¡Pero yo no creía que fuera su madre... de ese!

JUEGO DEL LOCO BAJO LA CRUZ

En escena el loco, soldados y cuatro crucificadores. Se tienen una sábana tras la cual desnudan a Jesús.

Loco ¡Mujeres! ¡Eh, mujeres enamoradas de Cristo, venid a lustraros los ojos... venid a verle desnudo mientras se desviste, vuestro enamorado... dos perras chicas por una ojeada, venid mujeres! ¡Oh, es tan guapo como para comprarlo! Dicen que era el hijo de Dios: ¡a mí me parece que es igual que otro hombre, igual en todo!... ¡Dos perras chicas, mujeres, para mirarle! ¿No hay ninguna que quiera darse ese gusto por dos perras chicas? Bueno, hoy es día de fiesta, quiero arruinarme... Ven aquí tú, que te lo voy a enseñar gratis... oh, qué remilgada... ¡ven aquí! No perdáis esta ocasión... ¿no eres tú esa, la Magdalena, tan enamorada de él que, al no encontrar ni manto ni toalla para secarle los pies, se los secó con sus cabellos? Bueno, peor para vosotras: ahora, por ley, tenemos que taparle, cubrirle el lugar del pecado... ¡con un mandiloto, que parecerá una bailarina!

¿Está listo el jefe de los cómicos? ¡Sube el telón que vamos a empezar el espectáculo! Escena primera: el hijo de Dios, un gran caballero con corona, monta a caballo... ¡un hermoso caballo de madera, para que dé vueltas en tío vivo! ¡Y para que no se caiga al suelo le clavaremos en la silla... las manos y los pies!

Jefe de los crucificadores Déjate de payasadas y ven a echarnos una mano... átales una cuerda a las muñecas, una a cada lado, para que se estiren bien... pero dejadme libres las palmas, para que pueda hincar los clavos. Yo golpearé en la de la derecha, y...

Primer crucificador Y yo en esta otra. Echadme un clavo que ya tengo martillo.

Segundo crucificador ¡Vaya clavo! ¿Apostamos que en siete martillazos se lo hincó enterito?

Primer crucificador Pues yo lo haría en seis, ¿quieres apostar?

Segundo crucificador De acuerdo. Venga, separaos los dos, que le vamos a poner alas a este angelito, para que pueda volar como Ícaro al cielo.

Tercer crucificador Tiremos al mismo tiempo... al tiempo, he dicho... me lo tumbáis, despacio, que tiene que quedar en mitad de la silla, el caballero... un poco hacia mí... bien, estoy en la señal, justo en el agujero.

Segundo crucificador Pues yo no estoy, has hecho los agujeros demasiado separados... tira... venga... ¿has almorzado queso? ¡Venga!

Primer crucificador Sí, venga, pero vamos a acabar rompiéndole los ligamentos de los hombros y de los codos.

Tercer crucificador ¡No te preocupes, que no son tus ligamentos, tira! ¡Eh! ¡Eh, venga!

Lamento de Jesús, contrapunto lastimero de las mujeres.

Primer crucificador Uy, ¿habéis oído el chasquido?

Segundo crucificador Sí, no ha sido bonito... ha sido un chasquido que me hace crujir los huesos... pero en cambio se ha estirado a medida: ahora yo también estoy en el agujero.

Primer crucificador Bien, sujetad la cuerda bien tirante; y tú levanta el martillo, que vamos juntos.

Segundo crucificador Cuidado no te pilles los dedos.

Risas de los otros.

Tercer crucificador Alarga esta patita que no te haré cosquillas, te lo aseguro... oh, mira esta mano, qué marcada tiene la línea de la vida: ¡es una señal tan larga que parece que tiene el destino de vivir otros cincuenta años, este caballere! ¡Vete a creer las patrañas de las brujas!

Segundo crucificador Para la lengua y levanta el martillo.

Primer crucificador Estoy listo.

Tercer crucificador Dale entonces... vamos a por el primer golpe... (*Suena el golpe.*) ¡Uaayy! ¡A clavar las palmas!

Jefe de los crucificadores (*Contrapunto del grito de Cristo.*) Ohoo, cómo tiembla. ¡Tranquilos! Vamos a la segunda parte... ¡Uayuyyy! ¡A alargar los huesos!

Ohoh escupe sangre a borbotones.

Dale el tercer golpe, ohahiohoh
este clavo te ha desvirgado.

Ohoh y a mujeres jamás ha forzado.

El cuarto te lo regalan soldados ohahiohoh
por haberles dicho matar no debéis ohahiohoh
y a los enemigos como hermanos amaréis.

El quinto te envían los obispos de la sinagoga ohahiohoh
por haberles llamado falsos y malditos ohahiohoh
y a los tuyos humildes y pobrecitos. ohahiohoh

El sexto es regalo de los señores
por haberles dicho que no irán al cielo ohahiohoh
poniendo el ejemplo del camello.

El séptimo te lo dan los impostores ohahiohoh
por decirles que da igual que oren ohahiohoh
y que sólo valen para engañar bobos en la tierra
pero al Señor, así no se la pegan.

Primer crucificador He ganado yo. Tendrás que pagarme de beber, acuérdate.

Segundo crucificador ¡Beberemos a la salud de este caballero, y a su desventura! ¿Cómo os encontráis, majestad? ¿Sentís vuestro corcel bien firme en las manos? ¡Bien, ahora iremos al tío vivo, sin lanza ni escudo!

Jefe de los crucificadores ¿Habéis soltado la cuerda de las muñecas? Bravo mis barones... atad fuerte esta correa alrededor de la espalda, ¡no se nos vaya a caer encima al ponerle de pie, este campeón! Vamos, y cuando le clavemos los pies, se la quitamos...

Segundo crucificador Acudid todos aquí... ¡escupios en las manos que tenemos que levantar el palo de la cucaña! Vosotros adelantaos con las cuerdas y pasadlas por la tabla transversal... ven tú también, Matazone: súbete a la escalera, y prepárate a sujetarlo.

Loco Lo siento mucho, pero no puedo ayudaros: a mí ese no me ha hecho nada.

Segundo crucificador Lerdo... tampoco a nosotros nos ha hecho nada. Lo hemos crucificado sólo por pasar el rato, ja ja, y encima nos han dado diez perras chicas a cada uno por la molestia... Anda, échanos una mano, que después te haremos el honor de jugar una partida de dados contigo.

Loco ¡Ah, si es por una partida no me echaré atrás! Ya estoy en la escalera, mira... ¡Podéis empezar!

Primer crucificador ¡Bravo! ¿Estamos todos? Vamos pues... Tiremos todos juntos, por lo que más queráis, un tirón largo a la vez: yo marco el tiempo.

Oy icemos	Eye	
este penol de barco		ohoho
para que sea bandera		ohoho
le hemos colgado un loco.		ohoho

Oy icemos	Eye	
este palo de	fiesta	ohoho
esta gran cucaña		ohoho
Jesucristo en cofa		ohoho

Oy qué cucaña	Ayaa	
que pincha el cielo		ohoho
y llueve sangre		ohoho
llora nuestro padre.		ohoho

Alegraos, alegraos	oheee	
hemos encontrado a un bravo		ohoho
que se ha hecho esclavo		ohoho
para renovarnos.		ohoho

Alto, ya basta: me parece que está bien sujeto. Bien, saca los dados que vamos a jugar.

El loco jugando a los dados y al tarot gana la túnica de Cristo y la paga de los crucificadores.

Loco Si queréis recuperar todo vuestro dinero os lo dejo con gusto, incluyendo el collar, los pendientes, el anillo... y mirad, también añadido esto.

Primer crucificador ¿Y qué quieres a cambio de todo esto?

Loco A ese...

Segundo crucificador ¿Al Cristo?

Loco Sí, quiero que me dejéis bajarle de la cruz.

Jefe de los crucificadores Bien: espera a que se muera y tuyo es...

Loco No, lo quiero ahora que aún está vivo.

Primer crucificador Oh, loco entre todos los locos... ¿quieres que encima acabemos todos en su lugar?

Loco No, no tengas miedo que no os pasará nada. Bastará que colguemos a otro en su lugar, uno de su misma medida, y veréis cómo nadie se da cuenta del cambio... en la cruz nos parecemos todos.

Primer crucificador Eso es verdad... desollado como está, además, que parece un pescado en la parrilla...

Jefe de los crucificadores Pues será verdad, pero no me vale. ¿Y a quién has pensado poner en su lugar?

Loco ¡Al Judas!

Jefe de los crucificadores ¿Al Judas? Ese que...

Loco Sí, ese apóstol suyo traidor que se ahorcó por desesperación de la higuera detrás del seto, a cincuenta pasos de aquí.

Jefe de los crucificadores Moveos, aprisa, vamos a desnudarle que aún llevará en la bolsa las treinta monedas del trabajillo.

Loco No, no os toméis la molestia... las arrojó en seguida a una zarza de espino.

Jefe de los crucificadores ¿Y tú cómo lo sabes?

Loco Lo sé porque recogí yo esas monedas, una a una. Mirad cómo tengo los brazos de arañosos.

Jefe de los crucificadores No me interesan los brazos, enséñanos ese dinero. Uy uy, todas de plata además... mira qué bonitas... cómo pesan... cómo suenan...

Loco Bueno, tomadlas, son vuestras también si llegamos a un acuerdo para el trueque. Por mí estoy de acuerdo...

Jefe de los crucificadores Nosotros también.

Loco Bueno, entonces id a buscar en seguida al Judas ahorcado, que ya me ocupo yo de bajar al Cristo.

Primer crucificador ¿Y si llega el centurión y te pilla en pleno descruzamiento?

Loco Le dirás que ha sido una ocurrencia mía, y como estoy loco, da igual. Vosotros no tenéis ninguna culpa. Pero no perdáis tiempo, marchaos...

Jefe de los crucificadores Sí, sí... vamos, y esperemos que no nos traigan mala suerte estas treinta monedas.

Loco Bueno, ya está. ¡Me parece mentira!, estoy tan contento... aguanta, Jesús, que ha llegado tu salvación... cojo las tenazas, aquí están. Nunca lo hubieras pensado, eh Jesús, que vendría a salvarte precisamente un loco... ja ja... espera, que primero te ato con esta correa, no tardo nada... no tengas miedo que no te voy a hacer daño, te bajaré tan dulcemente como a una novia y después te cargaré sobre mis hombros, soy fuerte como un toro... ¡y nos vamos volando! Te llevaré hasta el río: allí tengo una barquita, y con cuatro golpes de remo cruzo el río. Y antes de que amanezca estaremos sanos y salvos en casa de un amigo mío brujo que te medicará y te curará en tres días. ¿No quieres? ¿No quieres al brujo? Bueno, iremos a ver al médico de los ungüentos, que también es un amigo de confianza. Nada: ¿no quieres que te desclave?

Ya comprendo... estás convencido de que con esos agujeros en las manos y en los pies, quebrado en las ligaduras como te han dejado, ya no podrás andar ni comer solo. ¿No quieres estar en el mundo a expensas de los demás como un pobre desgraciado, verdad? ¿Lo he adivinado? ¿Tampoco es por eso? Oh, caray... ¿y entonces por qué? ¿Por el sacrificio? ¿Qué dices? ¿Qué? ¿La salvación? La redención... ¿pero de qué me hablas? ¿Qué? Oh, pobrecillo... no me extraña, tienes fiebre... estás quemando... bien, pero ahora te bajo, te cubro bien con la túnica... ahora perdóname, pero eres un cabezota... ¿no quieres que te salve? ¿Quieres realmente morir en esta cruz? ¿Sí? Por la salvación de los hombres... Oh, es para no creerlo... ¡y luego dicen que el que está loco soy yo, pero tú me ganas en mil pértigas de largo, querido Jesús de mi vida! Yyo que me he estado matando toda la noche, jugando a las cartas, para ahora llevarme este chasco... sacramento, tú eres el hijo de Dios, ¿no? Lo sé bien, corrígeme si me equivoco: bien, desde el momento que tú eres Dios, sabes bien el resultado que tendrá tu sacrificio de palmar crucificado... Yo no soy Dios, ni siquiera

profeta: pero me lo ha contado la paliducha esta noche, entre lágrimas, cómo acabará esto.

Primero te pondrán todo dorado, todo de oro, de la cabeza a los pies, luego estos clavos de hierro te los harán de plata, las lágrimas se volverán trocitos relucientes de diamante, la sangre que te gotea por todas partes la cambiarán por una sarta de rubíes resplandecientes y todo esto a ti, que te has desgañitado hablándoles de la pobreza.

Además, tu cruz dolorosa la pondrán en todas partes: en los escudos, en las banderas de guerra, en las espadas, para matar a la gente como si fueran terneros, matar en tu nombre, tú que has gritado que todos somos hermanos, que no hay que matar. ¿Has tenido ya un Judas? Pues bien, tendrás tantos Judas como hormigas, traicionándote, utilizándote para engañar a los crédulos.

Hazme caso, no vale la pena...

¿Eh? ¿Que no todos serán traidores? Bien, dime algún nombre: Francisco el beato... y luego Nicolás... san Miguel corta capas... Domingo... Catalina y Clara... y después... de acuerdo, estos también: pero seguirán siendo cuatro gatos en comparación con el número de malnacidos... y también a esos cuatro gatos les tratarán otra vez igual que a ti, tras haberlos perseguido cuando estaban vivos. Repite, perdona, que no te he entendido. Aunque sólo hubiera uno... sí, un solo hombre en toda la tierra digno de ser salvado, porque es un justo, tu sacrificio habrá servido de algo... Oh, no: ¡entonces eres realmente el jefe de los locos... eres un manicomio completo! La única vez que me gustaste, Jesús, fue esa vez que llegaste a la iglesia mientras mercadeaban y empezaste a pegar a todos con el bastón. Uy qué bonito fue verlo... ese era tu oficio... ¡y no palmar en la cruz por la salvación! Oh Señor Señor... me entran ganas de llorar... pero no creas, lloro porque estoy enfadado.

Jefe de los crucificadores Oh Matazone, desgraciado... ¿aún no le has bajado a ese? ¿Qué has estado haciendo hasta ahora, te has dormido?

Loco No me he dormido, sólo he recapacitado... ya no quiero desclavar a este Cristo, es mejor que se quede en la cruz.

Jefe de los crucificadores ¡Mira qué bien! y a lo mejor ahora

quieres que te devuelva todos los oros y dineros... ¡Menudo listo! ¿Nos has mandado de cargadores, a buscar a este Judas ahorcado, sólo para reírte un rato? ¡No, querido Matazone! ¡Si quieres que te devolvamos tus cosas, tendrás que ganártelas otra vez al tarot! Sólo con esa condición.

Loco No, no tengo ganas de jugar, podéis quedaros con todo... dineros, oros, pendientes, porque no volveré a jugar en esta vida. He ganado por primera vez esta noche, y me ha bastado... ¡Incluso por un solo hombre que lo merezca vale la pena morir en la cruz! ¡Oh, qué loco... está loco, el hijo de Dios! Apalea, apalea a todos, a todos los que mercadean en las iglesias, ladrones, estafadores, impostores y taimados. ¡Fuera, apalea! ¡Apalea!

PASIÓN.

MARÍA EN LA CRUZ

Mujer Corred a detenerla, que viene su madre, la beata María, no permitáis que lo vea crucificado así, que parece un chivito desollado que derrama sangre a chorros por todas partes como una montaña de nieve en primavera, por esos clavos tan grandes que le han metido en las carnes de las manos y los pies, entre los huesos horadados.

Coro ¡No dejéis que lo vea!

Ella no quiere detenerse... llega corriendo desesperada por el camino y ni entre cuatro podemos sujetarla.

Hombre Si entre cuatro no la sujetáis, intentadlo entre cinco o seis... no puede venir, no puede ver a este hijo contraído como una raíz de olivo devorada por las hormigas.

Otra Mujer Ocultadle, tapadle por lo menos la cara al hijo de Dios, para que no pueda reconocerle su madre... le diremos que el crucificado es otro, un forastero... que no es su hijo de ella.

Mujer Yo creo que aunque lo cubramos todo entero con una sábana blanca al hijo de Dios, su madre lo reconocerá... basta con que asome un dedo de los pies o un rizo del cabello, porque se los ha hecho ella, su madre.

Hombre Ya viene... ya está aquí la beata María... ¡le causaría menos dolor matarla con cuchillo, que dejarle ver al hijo! Dadme una piedra para que la aturda del golpe, que caiga redonda al suelo y no pueda mirar...

Otro hombre Callad, apartaos... oh pobre mujer, que llamáis beata... ¿y cómo puede ser beata con esta decoración de cuatro clavos que le han hundido en la carne dolorosa, y golpeado como no se le haría ni a una lagartija venenosa o a un murciélago?

Mujer Callad, retened el aliento que ahora a esta mujer oi-

réis gritar a plena voz, como si la hubiese descuartizado el dolor, desgraciada: dolor de siete puñales que le rompen el corazón.

Hombre Está allí quieta, no dice nada... ¡haced que lllore al menos un poco! ¡Haced que grite, para que explote esa pena tan grande que le atenaza la garganta!

Otra Mujer Escuchad este silencio, qué gran estrépito trae; y no sirve taparse los oídos. Habla, habla, di algo, María... ¡oh, te lo ruego!

María Dejadme una escalera... quiero subir junto a mi bien. Mi bien... ¡oh, mi pálido hermoso hijo, tranquilo, bien mío, que ya llega tu madre! ¡Cómo te han dejado esos asesinos, matarifes: ¡malditos puercos sarnosos! ¡Destrozar así a mi hijo! Qué os había hecho mi pobre inocente, para odiarle tanto, para ser tan canallas con él... ¡pero ya caeréis en mis manos: uno a uno! Oh, me lo pagaréis, aunque tuviese que ir a buscaros al fin del mundo. ¡Animales, bestias desalmadas!

Cristo Madre, no grites, madre.

María Sí, sí, tienes razón... perdóname bien mío este alboroto que he hecho y estas palabras de enfado que he dicho, ha sido este hondo dolor de encontrarte ensangrentado, quebrado aquí, en este madero, desnudo, molido a golpes... perforado en mis hermosas manos tan delicadas, y los pies... oh, los pies, que gotean sangre, gota a gota... ¡oh, debe de ser un gran sufrimiento!

Cristo No, madre, no te preocupes... ahora, te lo juro, ya no siento dolor... se me ha pasado... ya no siento nada, ve a casa madre, te lo ruego, ve a casa...

María Sí, sí, iremos a casa juntos, voy a subir para bajarte de esos maderos, sacarte los clavos despacio, despacio. Dadme unas tenazas... echadme una mano... ¡que alguien me ayude!

Soldado Eh, mujer, ¿qué hacéis subida en la escalera? ¿Quién os ha dado permiso?

María Es mi hijo al que habéis crucificado... quiero desclavarlo, llevarlo conmigo, a casa...

Soldado ¿A casa? ¡Uy qué prisas, todavía no está macerado, oh santa mujer, aún no está lo bastante maduro! Bien, en cuanto eche el último suspiro os aviso con un silbido, y venís a

buscarlo bien empaquetado a vuestro querido muchacho... ¿Contenta? Ahora bajad...

María ¡No pienso bajar! No dejaré pasar aquí, en este lugar, la noche, solo, a mi hijo, a morir él solo. Y no podéis hacerme esta prepotencia, a mí, que soy su madre de él, ¡soy su madre, yo!

Soldado Bien. Ahora ya me las habéis tocado bastante, querida madre de él: haremos como cuando se sacuden las manzanas, ¿queréis verlo? Daré una buena sacudida a esta escalera: y caeréis de un batacazo como una hermosa pera madura.

Cristo ¡No! ¡Oh, te lo ruego, soldado, tú que eres bueno y amable! Hazme a mí lo que quieras: sacude la cruz hasta desgarrarme las carnes de las manos y los huesos, pero a mi madre... te lo ruego, no le hagas daño.

Soldado ¿Habéis oído, mi querida señora, qué de horas quedan? ¿Qué debo hacer? Para mí es el mismo trabajo: o bajáis sola, y deprisa, de esta escalera, o bien sacudo la cruz.

María No, no... por caridad... esperad que ya bajo... mirad, estoy al pie de la escalera.

Soldado Oh, por fin habéis entendido la canción, bendita mujer... y no me miréis con esos ojos que quieren quemarme: yo no tengo ninguna culpa, si el joven se ha colocado en esa postura incómoda con los brazos estirados... ¿oh, que no me dais pena?, ¿no conozco yo el brillo de las lágrimas sangrientas que os sudan de los ojos? ¡Este es el verdadero dolor de madre! Pero no puedo remediarlo, porque me han mandado que de esta condena cumpla la orden, estoy condenado a haceros morir al hijo, o si no, ahí arriba me colgarán, de sus mismos clavos.

María Oh buen soldado cortés, tened, os hago el presente de este anillo de plata, y de estos pendientes de oro... tomad, a cambio de un favor que me podéis conceder.

Soldado ¿Y de qué favor se trata?

María Que me dejéis limpiarle la sangre, a mi hijo, con un poco de agua y un paño, y darle un poco para mojarle los labios agrietados por la sed...

Soldado ¿Nada más que esas tonterías?

María También querría que cogierais este chai y subierais

por la escalera para atarle con él la espalda, por debajo de los brazos, para ayudarle un poco a aguantar colgado de la cruz...

Soldado Oh mujer, qué mal queréis a vuestro joven entonces, si pensáis mantenerle más tiempo en vida sufriendo esos tremendos dolores. ¡En vuestro lugar, trataría de que muriese en seguida, lo más rápido posible!

María ¿Morir? ¿Tendrá que morir este dulce bien mío? ¿Mueras las manos, muerta la boca y los ojos... muertos los cabellos?... Ay, me han traicionado... Oh Gabriel, joven de dulce figura, con tu voz de viola que enamora, tú el primero, tú me has traicionado como un estafador: has venido a anunciarme que sería Reina... ¡y beata, feliz, a la cabeza de todas las mujeres! Mírame, mírame cómo estoy aquí, rota en pedazos y burlada, ¡me he descubierto la última mujer del mundo! Y tú... ¡tú lo sabías al traerme «el anuncio» que hace derretir de emoción, de que me florecería en el vientre el hijo, que me convertiría en Reina de este gran trono! ¡Reina con un hijo gentil y caballero con dos espuelas hechas con dos grandes clavos hundidos en los pies! ¿Por qué no me lo dijiste antes del sueño? Oh, yo, estate seguro, yo no habría querido llenarme, no, jamás con esta condición, aunque hubiese venido el Dios padre en persona y no la paloma, su espíritu beato, a desposarme...

Cristo Mamá, ¿acaso el dolor te ha trastornado, pues blasfemas? ¿Y dices cosas sin conocimiento? Llevadla a casa, hermanos, antes de que se desplome, caída y perturbada.

Hombre Vamos, María, contentad a vuestro hijo, dejadle en paz.

María ¡No, no quiero! Perdonadme... dejad que me quede a su lado, no diré una sola palabra contra su Padre, contra nadie. ¡Dejadme... oh, sed buenos!

Cristo ¡Tengo que morir, madre, y me cuesta trabajo! Debo dejarme ir, madre, gastar el aliento que me mantiene en vida... pero contigo desgarrándote, aquí cerca, no puedo, madre... y me cuesta más trabajo...

María ¡Quiero ayudarte, bien mío, oh, no me echas! ¡Haz que nos asfixien juntos, madre e hijo, que nos metan abrazados los dos en una sola tumba!

Soldado ¡Os lo dije, bendita mujer! Sólo hay una manera, si queréis contentarle: ¡matarle de golpe!... Vos tomáis rápido esa lanza que está ahí apoyada, nosotros los soldados fingiremos no mirar, vais corriendo bajo la cruz y le claváis con toda vuestra fuerza, de punta, la lanza en el costado, a fondo en el buche, y de ahí al momento, ya veréis, se troncha el Cristo y va a morir. (*La Virgen cae al suelo.*) ¿Qué os ocurre? ¿Cómo es que se ha desmayado, si ni siquiera la he tocado?

Hombre Tumbadla ahí... despacio... y apartaos todos, que recupere el aliento...

Mujer Algo para taparla, que tiembla de frío...

Otro hombre He olvidado mi manto...

Hombre Apartaos, ayudadme a tumbarla...

Otro hombre Y ahora callad y dejad que repose.

María (*Como en un sueño.*) ¿Quién eres allí, hermoso joven, que me parece reconocerte? ¿Qué deseas de mí?

Mujer Está sonámbula, mujer extraviada... tiene visiones...

Gabriel Gabriel, el ángel de Dios, soy yo, virgen, el nuncio de tu solitario y delicado amor.

María Vuelve a extender tus alas, Gabriel, regresa a tu cielo jubiloso, no tienes nada que hacer en esta tierra asquerosa, en este mundo atormentado. Ve, para que no se ensucien tus alas de plumas de gentiles colores... ¿no ves barro y sangre, estiércol de vaca, todo es una cloaca? Ve, que no estallen tus oídos tan delicados con este vocerío desesperado y los llantos e imploraciones que crecen por todas partes. Ve, que no se desgasten tus ojos luminosos de tanto contemplar llagas, costras y bubas, y moscas y gusanos saliendo de muertos descuartizados. Tú no estás acostumbrado, en el paraíso no hay ruidos ni llantos, ni guerras, ni prisiones, ni hombres ahorcados, ni mujeres violadas. No hay hambre, ni carestía, ni nadie que sude de tanto cansarse los brazos, ni niños sin sonrisa, ni madres extraviadas y oscuras por el dolor, nadie penando para expiar el pecado original, ve, Gabriel, ve...

Gabriel Mujer dolorosa... que hasta del vientre te han arrancado sufrimiento, oh, conozco bien este tormento que te aflige al contemplar al Señor joven Dios crucificado... En este momento yo lo conozco al igual que tú.

María ¿Lo conoces al igual que yo? ¿Acaso has tenido, Gabriel, en el vientre crecido, a mi hijo? ¿Has mordido tus labios para no gritar de dolor al traerlo a la luz? ¿Lo has alimentado? ¿Lo has amamantado con tu leche, Gabriel? ¿Has sufrido cuando ha enfermado con fiebre, las manchas del sarampión, y las noches en vela meciéndolo cuando lloraba por los primeros dientes? ¿No, Gabriel? Si no has probado estas bagatelas, no puedes decir que sientes mi dolor en este momento...

Gabriel Tienes razón, María... perdona mi presunción, dictada por la congoja que me atenaza, tanto como para figurarme que estaba en la cima de todo padecimiento. ¡Pero vengo a recordarte que precisamente esta canción tuya, planta sin voz, este lamento entonado sin sollozos, este sacrificio tuyo y de tu amado hijo lograrán desgarrar el cielo, para que puedan los hombres volver por vez primera al paraíso!